



EL MOTÍN



Año XXXI.

Madrid, Jueves 23 de Febrero de 1911.

Núm. 8

REFORMA NECESARIA

Desde este número las caricaturas irán en las planas ocho y nueve. Resultaban muy raquílicas en la primera, y además había asuntos que no podían tocarse por falta de espacio.

Verdaguer=Costa

Semblanzas

Dos hombres geniales han muerto en pocos años en España acompañados de circunstancias tan similares, que es imposible recordar las del uno sin que se evoquen espontáneamente las del otro: Jacinto Verdaguer y Joaquín Costa.

Han bajado á la tumba; sus historias nos pertenecen; debemos refrescarlas de cuando en cuando y debemos hacerles justicia.

Nadie puede olvidar aquellos últimos años de Verdaguer condenado al ostracismo del favor, tratado de loco, infamado, aburrido, impotente, miserable, comiendo el pan del socorro extranjero, abandonado de los suyos, sordos los poderes públicos á sus quejas y ciegos para sus penas. Cuando se notificó al público su enfermedad incurable y la muerte inminente, desbordóse una verdadera rabia de amor hacia él; los richachones barceloneses y aristócratas de algodón corrieron á ofrecerle sus socorros inútiles; el gobierno se apresuró á condecorarle para despojarle del derecho de afrentar al Estado este en que toda dignidad está por constituir y en que toda injusticia se halla perfectamente *ordenada, reglamentada y vigente*. Los ministros del rey acudieron á excoquiarse; el obispo de Barcelona, su verdugo, se daba el placer de acompañarle al cementerio; carrozas, coronas, cabales, gualdrapas, repiques de campanas, periódicos enlutados, revistas lloronas: todo aquello fué el sarcasmo grotesco, asqueroso y acanallado de un pueblo misticofílico que derrama sus lágrimas cocodrilesas sobre el cadáver que ha descarnado. Y después de la muerte, monumentos, estatuas, adoraciones; en una palabra: todo el repertorio del duelo cursi y ridículo, tan denigrante para el que lo recibe como para el que lo otorga.

Todo esto ha reproducido en Costa ce por be, y, no hay duda: si los interesados hubiesen podido levantarse de sarcófago en pena farsa funeraria, con sublime gesto habrían arrojado un salivazo á la frente de este pueblo que, habiendo perdido toda noción de moral política y de respeto al genio individual, demuestra con tales escándalos carecer del sentido del pudor de saber retirarse del entierro de sus propias víctimas, en el cual los responsos y lamentaciones suenan como insolentes tragalas.

¿Obsequios y reverencias á Verdaguer y á Costa? Mentira. Reverencias y honrais el cadáver que vilianamente consumisteis en vida y que paseais en triunfo después de muerto como trofeo de vuestra *vida nacional* y de vuestro *estado político*.

Este espectáculo es irritante. Vosotros, verdugos de Verdaguer y de Costa, no tenéis derecho á honrar el cadáver de vuestras víctimas. Más plausible que el vuestro de adoración hipócrita al *vencido*, es el gesto olímpico de Maura enterrando el cadáver de Ferrer en el fondo de un barranco abierto por las aguas que, al discurrir sobre la tumba, van colocando los detritus que arrastran de la vertiente. Este es el odio magnífico y excelso; esto es sinceridad y franqueza: que los belgas y romanos é ingleses vengan á España á buscar la tumba del Ferrer cuyas estatuas glorifican sus pueblos, y se lo encuentren allí, en aquel ribazo de la cueva de Montjuich, sin un *inri* que aúse su presencia, sin una piedra que indique su identidad; esto es hermosamente judío y brutal; es el odio sin aleación y sin gazoñería. Eso otro es felonía de lacayos cobardes. Aquello irrita: esto otro asquea.

Prepárense los demás genios populares, prepárense á recibir esta apoteosis de la afrenta sarcástica de un Estado y de un pueblo que hiere y mata á los vivos con osadía sin par y que tiembla cobardeamente ante los muertos.

Por lo visto ha entonado de moda en la etiqueta monárquica este ritual de subvenciones tardías, de condecoraciones á los deshonrados, de glorificación de los desterrados del honor oficial.

¿Y El Testamento?

He aquí un suceso que ha debido darse y sobre el cual guarda silencio la prensa toda. ¿Dónde están los dos testamentos que otorgó Verdaguer en su lecho de agonía, fofizado el uno y libre el otro? Nadie ha publicado estos do-

cumentos, los más importantes de toda la vida de aquel hombre. Los clericales que tanta maña y celo demostraron en averiguar y publicar hechos secretos, verídicos y falsos, han puesto el mayor cuidado en callar y ocultar estos dos *documentos públicos* perfectamente autenticados y aseverados por los oficiales de la *fe pública*.

Este silencio no ha podido impedir que rezumase al público el olor de una infamia cuya comprobación se halla en el texto de aquellos dos documentos. ¿No habrá medio de hacernos con una copia para orearla á los cuatro vientos?

Del testamento de Verdaguer sabemos *eso*. Del de Costa no sabemos nada: y, sin embargo, es preciso averiguarlo.

No es posible suponer que el precursor Costa haya cometido la imprevisión de largarse al otro mundo á la francesa, sin despedirse discretamente de éste. En su testamento ha debido condensar en una idea todas las ideas de su vida; en una voluntad última, suprema y sagrada, todas sus voluntades y anhelos; y en una frase solemnísimamente la esencia de todos los apóstrofes de su fiero enojo contra la imbecilidad de su tiempo.

Vengan esta idea, esta voluntad y este rugido soberano. No han de bastar á ahogar la voz del león en la agonía los tribunales que atarcan sus manos en estos últimos tiempos. El Estado que declara *inviolable* la palabra de tanto gacápiro diputado ¿será osado á violar la inviolabilidad que al moribundo otorgan los pueblos todos del orbe, excepción hecha de la Inquisición romana?

Venga esta última palabra, esta última voluntad y este último apostrofe del *león de Graus*, y sepamos el último gesto de su alma al salir de esta vida de la farsa nacional.

Si hubiese *alguien* interesado en ahogar *ese* rugido, debe ser escarmentado, sea quien sea y sea cual fuere el título con que pretendiera cometer esta violación.

A la prensa aragonesa interpelamos y requerimos en nombre del deber profesional.

¿Dónde está y qué dice el testamento de Costa?

Costa heterodoxo

Otra cuenta hay que solventar y necesitamos solventar. La *fe última* de Costa.

La Iglesia se ha hecho dueña de su cadáver. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿En virtud de qué títulos?

Se ha de acabar con esta farsa clerical-

Costa murió sin sacramentos de ninguna clase. Sus últimos tiempos son la apostasía franca y vigorosa de la Iglesia católica. ¿Con qué derecho se ha apropiado ésta su cadáver?

Debemos recordar aquí lo ocurrido con Ruiz Zorrilla, con Sagasta y tantos otros. Murieron fuera de la Iglesia, odiando con horror la Iglesia y sus tratos con los moribundos; y, sin embargo, el cadáver del gran Oriente y del grado 33 yacen en los cementerios católicos revueltos y mezclados con los asilados de las Hermanitas de los pobres, con los desechos de los Hospitales católicos, y al lado de los patibularios asistidos por la Iglesia.

¿Cómo adquirió ésta tal dominio?

Estas mañan son públicas y notorias. Después de muerto el inte esado, la familia llama al cura para que unja el cadáver y se lo lleve á su comunión, que es su infierno, su purgatorio, su cementerio, y sobre todo sus funerales y responsos.

A la Iglesia le aprovecha esta farsa, sacrílega ante sus propios cánones, cínica ante la moral religiosa, y en lo jurídico equivalente á una profanación de cadáver y de fama, que vale tanto ó más que el cadáver.

Esto ha ocurrido con Costa. Se le ha *propinado* la unción después de difunto.

Para desvirtuar esta afirmación (que no hacemos sin informes fidedignos), proceda el obispo de Huesca, como es su deber, á una información tan vigorosa como reclama la defensa de la dignidad de un sacramento. El Sr. Superávia no necesita que le enseñemos su deber; pero si fuese moroso y remiso en cumplirlo, le trasladaremos los cánones y autoridades de *Re Sacramentaria*. Proceda á esta información; y si el cura administrador del Sacramento jura *in verbo sacerdotis* estar plenamente cierto de que Costa vivía aún y era consciente; si los domésticos juran y prueban que Costa tuvo intención y voluntad de ser ungido; si el médico acredita la *capacidad* mental del enfermo en el momento de pedir *eso*; cuando todo eso esté hecho y probado, nosotros presentaremos los argumentos y pruebas en contra.

No se invoquen aquí los derechos de la familia, ni el honor de la familia, ni la conveniencia pública. Sabemos lo que es la familia, y sobre todo conocemos la moralidad de la familia gazmoña y clerical, y de todo ello habremos de hablar si el caso lo requiere.

La ofensa al muerto

El dilema es éste:

Si Costa murió execrando á la Iglesia siendo consecuente con sus doctrinas públicas, al entregar su cadáver á la *unción* y al entierro se ha cometido una profanación, una violación de la última voluntad, y una *coacción* sobre el muerto, indefenso, forzándole á ejercer actos de un culto detestado.

He aquí una serie de hechos perfec-

tamente delineados en el Código Penal.

Pero es mayor la trascendencia moral y social. Porque es evidente que las doctrinas sostenidas por Costa en sus últimos tiempos no caben en los *Syllabus* vigentes de la Iglesia, y por tanto Costa había apostatado, negado y abjurado pública y liberrinamente los errores católicos.

Esta unción, si fué legítima entre los cánones y ante la moral, presupone la *comunión explícita y solemne* de Costa con el Papa y con los sacristanes; con Senantes, con Dalmacio, el P. Coloma y Vilariño; con los frailes, legos y cofrades; con las damas de Estropajosa y con el Vivillo; con los hermanos de Ciempozuecos; con los de San Baudilio; con Nozaleda, Guisasola y demás gente católica.

Si esta comunión era sincera y no ha mediado reconciliación formal, de que nadie ha hablado, resulta que Costa fué un impostor en aquellas sus predicaciones radicales. Si estas predicaciones eran sinceras y no ha habido abjuración, esta unción y entierro son dos solemnes imposturas.

Si ha habido abjuración secreta de doctrinas y actos públicos, Costa deja de ser el *león* formidable para convertirse en tímido corderillo.

Si no hubo abjuración, el entierro y unción son una ofensa y un ultraje á la personalidad viril simbólica de Costa y el mayor ataque á esta personalidad.

Si esta simulación de conversión obedece á una sincera interpretación de los deseos de Costa de no saber prescindir de un entierro católico y del escándalo de los clérigos, esto demostraría que Costa ante los suyos no tenía el valor personal que el público le atribuye.

Si esta simulación se ha verificado sabiendo ó presumiendo que iba contra la voluntad del finado, entonces los promotores y actores de esta comedia, en vez de honrarlo lo deshonoran, y en vez de venerar el cadáver y la memoria del difunto, los sacrifican á la conveniencia de la familia, comerciando con el honor y dignidad escolástica del pariente.

Reclamamos el derecho de juzgar severamente al severo Catón de Graus. No podemos consentir que su personalidad, de fisonomía enormemente trágica, sea utilizada como bufón cómico del sainete clerical.

La prensa aragonesa tiene la palabra.
S. PEY ORDEIX

La última Asamblea

Diré algunas de las razones que he tenido para no hablar antes de ella.

La primera, por haberme propuesto no juzgar de antemano ninguna tentativa de Unión republicana que se proyecte. Estoy ya cansado de que se carguen á mi cuenta todas las que se malogran por culpa de los demás.

La segunda, por creer, cuando la vi iniciada, que era una Unión nueva, dado que consideraba muerta la que yo hice.

Y la tercera, porque al enterarme de que era la misma, según decían los que la convocaban, se me ocurrió *dejar hacer*. Estamos tan perturbados, pensé, que acaso nos vuelva á la razón el absurdo.

Y de que obré perfectamente, buena prueba es lo sucedido. Ni en el propio Congreso de diputados se arman líos más espantosos entre los partidarios de ideales diversos, que se han armado en esa Asamb'ea de Unión.

Si yo llego á dar mi opinión anticipadamente, se me atribuiría hoy el fracaso; lo mismo que si llego á decir antes lo que pensaba de la Conjunción, que también está muerta para los fines que se formó: traer la República.

Por todo esto, he preferido aguardar á que la Unión sucumba para hablar de ella. El pasar por asesino de uniones, fusiones, coaliciones y conjunciones, siendo inocente, es cosa poco agradable. Y yo juro en conciencia (marca Azcárate), que no tengo que arrepentirme de haber en mi vida asesinado á ninguna de esas señoras. He tenido el mal gusto, mejor dicho, la crueldad de comba- tir las estando ya muertas, aunque las exhibieran al público sus empresarios como dicen los absolutistas que exhibieron los liberales á Fernando VII: asomándolo á un balcón de Palacio con un puro en la boca á los tres días de sucumbir, tiempo que emplearon en preparar el testamento en que dejaba la corona á su hija.

Me había propuesto no decir una palabra de la titulada Asamblea de Unión ateniéndome á aquello de: «dejad á los muertos que entierran sus muertos»; pero el hombre propone, y Dios dispone. Se ha metido Sol y Ortega en mi terreno, me ha tocado mi Marina, y por esto ya no paso.

(Y aquí abro un paréntesis, para felicitar á los *sesenta y cinco* asambleístas que, haciendo honor á sus convicciones, salvaron con sus votos al partido republicano de la vergüenza de que se le crea partidario de la conservación de los frailes. Y no pongo sus nombres por ignorarlos.)

Estaría gracioso que yo callara ante la declaración de que el partido republicano necesitará el día que triunfe llenar no sé cuántos requisitos antes de decidirse á echar por la borda á los acerrquillados.

Ya sé que eso que afirma Sol y Ortega y la carabina de Ambrosio, son la misma cosa; que el pueblo, que es el encargado de dictar y ejecutar el decreto de expulsión, no aguardará ni veinticuatro horas para dar comienzo á la civilizadora, justa, necesaria y honrada tarea. Mas me molesta que se diga siquiera: es mi Marina, vuelvo á repetir.

No comprendo cómo Sol y Ortega ha podido decir eso. ¿O cree acaso que al enterarse los clericales van á nonerse

á nuestro lado? Ni un sacristán siquiera. Y es lo mejor que puede ocurrirnos.

Esto aparte de que todas las personas de buen juicio se dirán: «Pues si vacilan y se detienen ante la expulsión inmediata de los frailes, ¿qué garantías nos ofrecen los republicanos de que aborarán valientemente la solución de los demás problemas? Y si no vienen en primer término á echar á los frailes, ¿á qué vienen?»

Siento que un hombre del gran entendimiento de Sol haya creído que puede emplear habilidades tan burdas.

Y dadas estas explicaciones acerca del por qué he callado en esto de la Unión, vamos á otro asunto.

Pues, señor...

Me he lucido. Después de treinta años combatiendo en El Motín lo que consideré perjudicial para la causa republicana, me encuentro con que no he conseguido absolutamente nada de lo que me había propuesto. ¡Y que tenga yo fama de demoleedor!... ¡Reputación más usurpada!...

Estaba por retirarme del todo de la política, para dedicarme exclusivamente al descatalogamiento nacional.

¿Pero qué estoy diciendo, si en este punto mi fracaso es mayor que en política? ¡Si resulta ahora que debemos respetar á frailes y jesuitas el día que la divina Providencia se digne regalarnos la República!

Les confieso á ustedes que si no fuera porque Nuestra Santa Madre Iglesia condena el suicidio, y no quiero ni por un solo instante apartarme de su santa doctrina, me pegaba un tiro como hay Dios.

¡Vaya una serie de equivocaciones y desaciertos los míos!

Fundo el periódico para unir á los republicanos, y tardo la friolera de veintitrés años en conseguirlo... ¿Y para qué? Para que una Asamblea me arroje al poco tiempo del hogar paterno de mi tío por indisciplinado y perturbador.

Combato á los jefes porque no habían nada en el verdadero sentido revolucionario, y al desaparecer los que había, surgen otros, en mayor número, y que nada hacen tampoco.

Censuro la frecuente celebración de banquetes, y jeche usted tortillas á la finas yerbas, bisteks con patatas, merluza á la vinagreta, postres variados y café y copa!

Antojáseme que celebramos demasiados mitins, á destiempo y sin finalidad práctica, lo digo, y ¡bienaventurados los sordos!; aquello de la Biblia de que «cada día trae su propio afán» pudiéramos parodiarlo de este modo los republicanos: «cada hora trae su propio mitin.»

Opino que no deberíamos lanzar amenazas inofensivas, por lo menos hasta no tener el palo en la mano, y no

hay matón averiado que escupa por el colmillo con más fachenda y mala sombra que nosotros. El día que no decimos que la monarquía caerá el mes próximo por no poder resistir nuestro formidable empuje, es porque fijamos su derrumbamiento para la semana entrante.

Digo que no deben prodigarse tantos elogios á los jefes mientras no realicen actos indicadores de que los merecen, y veo llenas las columnas de los periódicos de adjetivos que no se le aplicaron ni á Cavour, que hizo la unidad de Italia; ni á Bismark, que realizó la de Alemania; ni al mismo Napoleón I que rehizo á cañonazos el mapa de Europa.

¿Mas para que seguir ennumerando más fracasos, si son casi tan infinitos como la resistencia, la paciencia y la inocencia del pueblo republicano?

Los que tengan humor para leer lo que á continuación reproduzco, podrán formarse idea de algunas de las cosas que he propuesto y defendido en épocas diferentes, sin lograr que encarnen en el republicanismo. Por ellas se verá que no exagero al creerme un fracasado. Y enterarse de esto además: de que nada ha variado, cuando parecen escritos esos artículos para juzgar lo que ocurre hoy mismo, habiendo algunos de hace veintitantos años.

Cuando publiqué la mayoría de esas cosas circulaba poco El Motín; así es que resultarán nuevas para los muchos lectores que tiene hoy.

Alguien dirá que es una postura cómoda la adoptada por mí en política; censurarle todo y no aceptar cargos en que pueda ponerse á prueba mi propia incapacidad. No negaré que lo sea; sin embargo, confieso humildemente que no he logrado formar escuela, aquí donde hay siempre tanta gente dispuesta á adoptar posturas cómodas.

Hasta en eso he fracasado. Será mi sino.

Lo único que me consuela en parte, es ver que los otros, los mártires que se han sacrificado por la causa en casinos y comités, mitins y banquetes, vinos de honor y meriendas patrióticas, no han logrado tampoco traer la República; lo cual me hace pensar esto:

Ni por el camino de las posturas cómodas ni por el del sacrificio sistemático se llega. Dediquémonos desde hoy a ver si por el del buen sentido democrático podemos arribar.

¿Que no podemos, por estar todos los republicanos, los de Madrid como los de provincias, contagiados de la misma peste del personalismo y la intransigencia?

Pues, caballeros; á embozarnos en el manto del Ideal y sentarnos tranquilamente á la puerta de la Esperanza, aguardando, como el moro á que pase el de su enemigo, el desfile de los explotadores de España, con el cadáver de la Monarquía.

Que sospecho ha de tardar unos millones de minutos.

LOS PRINCIPIOS

Aun suponiendo que la República viniera exclusivamente por los esfuerzos de los republicanos, ¿que se adelantaría con que llegasen á ella todas las fracciones con la integridad de sus principios?

Una revolución, y en un pueblo hambriento y burlado tantas veces, no se detiene por que unos cuantos caballeros lo resuelvan de antemano. ¿A qué entonces ese empeño en tomar hoy acuerdos que no podrán imponerse mañana? ¿A qué ese cuidado en mantener programas que forzosamente han de ser modificados, y mantenerlos á sabiendas de que perturban y dividen?

Aquí el mal grave, lo que produce todas estas divergencias, es que se piensa mucho en la República y poco en la revolución; tan poco, que se habla ya como cosa corriente de respetar todo derecho, incluso el de la Iglesia. Y francamente, una revolución que se contentara con suprimir la lista civil y gabelas adyacentes, no me atrevo á asegurar que fuese del todo innecesaria, pero sí que al pueblo no le agradaría.

No sueño con una revolución de Marsellesa y guillotina; pasaron esos tiempos. Esto no quiere decir que aspire á que el orden más perfecto reine en ella ni que fueran á escandalizarme los desahogos de la iniciativa individual. Lo que en modo alguno pienso, es que hagamos la revolución para dejarlo todo como está, salvo el cambio de escudo en *La Gaceta* y del membrete en el papel de los Ministerios.

Será indudablemente hermoso, hasta sublime, pasar del régimen monárquico al republicano como se pasa en el teatro de una región á otra, con sólo alzar un telón. ¡Un pasaje de la Siberia! ¡Todo helado, todo muertol... Se dá la señal, y ¡oh prodigio! ¡la sierra de Córdoba con sus árboles, sus flores, un sol espléndido!... Esto sería encantador; mas ¡ay! que no se ha descubierto aún (á mis noticias por lo menos no ha llegado), el medio de hacer una revolución por tan sencillo procedimiento. Es una lástima, pero así es.

Bien sabe el que dicen que ve en lo oculto, que me agradaría. el que, á la media hora de derribada la monarquía (que así fuera hoy mismo), se reuniera la Junta central, y repitiendo lo de Jehovah (q. e. p. d.), dijera: ¡hágase la luz y quedara hecha. Espectáculo nunca visto ni esperado sería el ver llegar á cada partido de la Unión con sus principios, y tomar modesta y sosegadamente el puesto que la voluntad común le señalase; y que al amanecer, si la revolución se había hecho de noche, ó por la tarde, si fué de día, no quedaran más huellas del transtorno que la natural alegría en el semblante de los republicanos y la justificada tristeza en el de los monárquicos; mas ¡ay! que no sé por qué temo que las cosas no han de resolverse de manera tan placida y pastoril, pese á todos los acuerdos que se tomen, y á todos los principios que se guarden.

Y siendo así, ¿á qué tanta preocupación por el mañana? ¿Está en nuestra mano evitar que el pueblo, á quien calificamos con razón de soberano, haga aquellos días lo que le acomode para probarnos que efectivamente lo es?

Más sentido de la realidad, apreciables correligionarios; menos apego á principios que pueden resultar rancios en el momento de ir á aplicarlos; no encariñarse tanto con partiditos de campanario, teniendo tantos problemas que resolver, tantos peligros que compartir y tantas energías que desplegar.

Si porque no padezca detrimento alguno en su virginal pureza un programa con feccionado el 69 ó el 76 ó el 94, ó el 95 vamos á olvidarnos de lo principal, de lo que el pueblo reclama, la patria ex ge, la libertad necesita, el progreso pide y la civilización demanda, dejémoslo todo como está, y así nos libraremos al menos de responsabilidades directas en la ruina y la muerte de esta patria sin ventura.

Los programas

Si la República acudiera tranquila, sosegadamente, coronada de laurel y rosas, con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos, al llamamiento que los republicanos le hiciéramos para salvar la patria; y los monárquicos, convencidos de que era necesaria, le dejaran el paso, libre ya que por natural rubor no se colocaran desde luego á su lado para defenderla y servirla, acaso, aun cuando no estoy seguro de ello, pudiera tenerse trazado el programa de lo que debía hacer.

Pero como va á ser preciso traerla violentamente, porque la noble matrona no parece dispuesta á venir de otro modo, ¿para qué sirven los programas?

La República, ó no viene, ó la trae la revolución. Y no parece sino que las revoluciones siguen el camino que se les traza; que obedecen al bíblico mandato «de aquí no pasarás»; que manobran como un regimiento á la voz de su coronel; y que basta que unos cuantos señores le digan, «esto has de hacer!», para que hagan aquello.

¿Es que hay quien cree que los programas quitan el miedo á las cosas cuyos privilegios hay que derrocar y á los organismos que debemos suprimir? Si lo hubiese, revelaría una imbecilidad inconcebible. Mejor supondría yo que quien tal dijere trataba sólo de ocultar así el propio miedo.

¿Convencen siquiera al país los programas? No; pues sabe, por habérselo enseñado la experiencia, que suelen hacer más los políticos que menos ofrecen; y respecto á los republicanos, está ya cansado de vernos soltar un programa cada vez que nos reunimos media docena, aunque sea para almorzar.

Y si los programas no sirven para detener el curso de las revoluciones ni para engañar á nadie, ¿á qué lanzarlos?

Más que un papel mojado, inspiraría confianza al país el ver un núcleo de hombres de voluntad y energía, haciendo hoy algo que le autorizara para decir: «esos irán mañana á donde haya que ir.»

¡Hombres! Esto es lo que se necesita; no programas que jamás se aplican, porque los movimientos revolucionarios, y más en países que han caído tan bajo como el nuestro, siempre van más allá de donde piensan los mismos que los impulsan.

Mas no seré intransigente. Admito un programa; aquel en que se consigne,

no lo que haríamos si viniese la República, sino lo que no haríamos. Uno que dijera, por ejemplo: «No transigiremos con una injusticia, ni mantendremos un privilegio.» Y esto, tan sencillo, diría más que cuanto pudieran escribir veinte sabios rutinarios en diez años.

LOS MITINS

Me rindo á la evidencia. Contra lo que yo sostenía, en los mitins está por lo visto la salvación de España en estos momentos.

Retiro, pues, el artículo que escribí sobre la caída de las murallas de la Jericó monárquica á gritos y trompetazos. Indudablemente caerán de ese modo. Los que discursen deben saberlo de cierto. Y como para mí lo importante es que caigan... Nada, que lo retiro.

Lo que no les perdonaré nunca á los que celebran mitins, es que, estando en el secreto, hayan consentido que la monarquía dure tanto. ¡Un medio tan fácil, tan económico, tan poco expuesto, tan divertido, tan seguro, y no haberlo empleado hasta ahora, por lo menos en la cantidad suficiente para que produzca el efecto deseado! Caiga sobre los que no lo aplicaron la maldición de la Historia. ¡Y la mía!

Preguntaba yo: «¿De qué van á hablar en los mitins?» ¡Torpe de mí! De todo. Cuando se tiene seguridad en el efecto, lo de menos es el tema.

Por esto, lo mismo aplaude el público al que les predica la federación revolucionaria, que al que les habla de unión nacional republicana, que al que se lía con la enseñanza... El tema es el erizo, la cáscara... La castaña está debajo.

Lo que me extraña es la tranquilidad de los monárquicos. Como el chico de la fábula, se duermen al borde del pozo. Si no fuera porque deseo que revienten cuanto antes, los compadecería. Están ciegos, con esa ceguera de aquellos á quienes Dios quiere perder.

Pero el día terrible se aproxima, y en un minuto de aquel día sufrirán los tormentos que no sufren en el infierno durante un siglo los condenados á parir perpetua. ¿Qué será el verlos temblar, con el indispensable castañeteo de dientes, al enterarse de que en Madrid dispararán frases mortíferas contra la institución monárquica los terribles diputados de la minoría que en el Congreso se guardan de hacerlo, á la hora misma en que se corone al nuevo rey? Pávura pone en el espíritu más animoso pensar en lo que se achicará el de ellos, de suyo pusilánime y cobarde.

Mas no cedamos, no flaqueemos. Que sufran la pena del Talión: ojo por ojo y diente por diente. ¿No se sublevaron ellos en Sagunto para imponer la restauración? Pues con soltarles nosotros unos cuantos discursos el día de la coronación de D. Alfonso XIII, en paz. Y vengados.

La venganza es terrible, como de quienes la preparamos; pero no nos detengamos ante la idea de las catástrofes que producirá.

Seamos inexorables. ¡Discursazo y tente tieso! Y desquítase todo, y húnchase todo y aniquílese todo, con tal que

podamos aquel día decirle al mundo que nos admirará asombrado:

«¡Cumplimos con nuestro deber! ¡Lo de Sagunto está vengado! ¡Viva la República!»

El lastre

Cuando el buque pelagra, se arroja todo al agua. ¿Todo? Todo.

Se comienza por lo inútil, á lo que sirve lo que sirve, luego lo que vale, y por último lo más rico. Si van cajones de oro, á la mar se tiran. La salvación de todos impone imperiosamente el sacrificio de la fortuna particular.

Igual debemos hacer los republicanos. La patria pelagra, y ninguno tenemos derecho á conservar nada propio, si á dificultad ó retrasa su salvación.

¿Organismos de fracción? Lastre inútil. ¿Programas? Lastre que sirve. ¿Convicciones? Lastre que vale. ¿Consecuencia? Lastre riquísimo.

Pero al agua todo, de menor á mayor, para ver si logramos arribar á puerto seguro.

Federalismo, unitarismo, abolengo... palabras que hoy desunen. La única que une es ésta: República.

Y cómo de unir se trata para aunar fuerzas é intentar la salvación de España, al agua también ese lastre.

E inmediatamente, todos á una, llevándolo cada cual á la obra común la parte de esfuerzo que pueda, á cumplir con nuestro deber.

¿Insiste alguno en conservar lo que le es propio, después de haber hecho los demás el sacrificio de lo suyo? Pues al agua también con él; que harto tiempo hemos guardado á hombres é ideas un respeto que no merecían, por absurdas las unas, por incapaces los otros.

¡Hombres! ¡hombres!

Hay en la política axiomas que pasan por incontrovertibles; uno de ellos el de que las ideas lo son todo y los hombres nada.

Yo creo, por el contrario, que de una idea mediana pueden sacarse grandes bienes cuando la desarrollan y la aplican hombres de rectos propósitos y gran inteligencia, y que una idea inmejorable puede no servir para nada si se encomienda su aplicación á hombres ineptos, por más que sean honrados y virtuosos hasta merecer la bienaventuranza eterna.

Entréguese á un profano el instrumento de física más perfeccionado, ó el Estradivarius más maravilloso. Por estar en manos de ellos no dejarán de ser lo que son, y, sin embargo, para nada servirán. Póngase en cambio un violín regular en manos de un buen músico, ó un instrumento deficiente en manos de un buen mecánico y éste lo hará funcionar á maravilla y aquel sacará melodías deliciosas.

Igual ocurre con las ideas; y al que lo dude habría que preguntarle cómo, siendo indiscutible la bondad de la republicana, habiéndole las circunstancias favorecido tanto, y contando con tantos adeptos, no ha podido imponerse en los últimos veintiséis años.

No, y cien veces no; las ideas no lo son todo y los hombres nada; á esta creencia errónea débense muchos de los males que lamentamos; ella nos ha impedido fiarnos en que los hombres que estaban al frente de las fracciones republicanas carecían de las condiciones necesarias para hacer triunfar la República.

Y cuando alguien, como yo, ha querido poner de manifiesto sus deficiencias, millares de voces se han alzado para gritarle en todos los tonos: «¡Nada de personalidades! ¡Combátase á las ideas y no á los hombres!» otra vulgaridad de á folio, pues no se concibe que en ningún terreno, pero en el democrático menos, sea permitido poner en las nubes al hombre político por sus actos loables y no lo sea combatirlo por los merecedores de censura. O el mérito es exclusivamente de las ideas, ó es suyo en parte. En el primer caso, ¿por qué elogiarlos cuando aciertan? Y en el segundo, ¿cómo no atacarlos cuando se equivocan?

«¡Hombres ¡hombres!» — exclamaba yo hace años en un artículo que no me valió aplausos. Y «¡hombres, hombres!» — exclamo ahora, dirigiendo en vano mi mirada á todas partes, y desconfiando ya de que las ideas, por su sola virtualidad, sirvan para imponerse en el momento oportuno.

Hombres, sí; que de nada sirve que el licor sea bueno, si la vasija que lo contiene no reúne las condiciones necesarias para conservarlo y mejorarlo.

Hipócritas ó tontos

Pues, señor, esto es hecho. Me quedo solito, ó poco menos.

En este país donde no han sido respetadas por los católicos las ideas religiosas de nadie, ni tampoco lo son hoy, les ha entrado á mis queridos correligionarios una comezón por respetar al catolicismo, que se vuelven locos (los que no son tontos ya) cuanto cualquiera lo ataca.

Algunos confiesan, aunque de manera vergonzante y tímida, que son católicos; pero los más piden ese respeto por creer que esto es de un alcance político inculcable.

Y se da el caso de que en esto marchan de acuerdo el masón Morayta y el filósofo Azcárate, el semianarquista Junoy y el catedrático Alvarez, sosteniendo todos que se puede ser católico y republicano.

El catolicismo enseña y sostiene que todo poder emana de Dios; la democracia, que del pueblo; y á pesar de estas contrarias é irreconciliables teorías, dicen que se puede ser ambas cosas á la vez. Si lo entiendo...

Quizás dentro de quince ó veinte siglos de propaganda incesante en tal sentido, pueda el catolicismo marchar coquetamente del brazo con la democracia. Mas lo que es por ahora...

Y si siquiera engañáramos á alguien! Pero si no es así. ¡Si los de allá, los monárquicos (que tampoco creen en nada), se burlan de nosotros! ¡Si no evitamos que las gentes de Iglesia nos odien! ¡Si lo único que conseguimos es pasar por hipócritas y farsantes!...

Hace poco leí en un periódico republicano una feroz diatriba contra el

ateísmo. Ni un fraile rabioso hubiera ido más allá. Y, sin embargo, tengo la seguridad de que, si en igualdad de condiciones llegáramos el autor del artículo y yo ante un creyente honrado, á él no le daría la mano; á mí sí.

Y eso que yo, como he dicho muchas veces, no me contento con ser anticatólico; soy (y Dios (?)) me conserve esta santa idea, antirreligioso.

¿Que combato casi exclusivamente al catolicismo? Claro. Como que las demás religiones no influyen para nada en la vida de esta nación; como que no me coartan una libertad ni me traen una molestia... Estaría gracioso que fustigase á los mahometanos ó á los budhistas desde EL MOTIN.

Todavía, si con decir todos los republicanos «somos católicos», y oír nuestras misitas los domingos, y confesar y comulgar por Pascua florida, y llevar el palio en las procesiones, consiguiéramos traer la República, casi merecería la pena de tomar parte en la comedia.

Mas para esto habría que renunciar en absoluto á ser liberales. Porque la Iglesia condena el liberalismo.

Y á impulsar al pueblo por la senda del progreso para que se libere de sus miserias. Porque la Iglesia recomienda la resignación.

Y á ser, en fin, lo contrario de lo que somos. Porque la Iglesia es quien define quién es católico y quién no.

Puede cualquiera creerse y hasta ser católico perfecto; mas como la Iglesia niegue que lo es, como si no lo fuera.

Dicen algunos correligionarios, que atacando al catolicismo nos cerramos las puertas.

¿Qué puertas? ¿Las del poder? Cerradas las tenemos y las seguiremos teniendo si no las abrimos á balazos, ó se caen de puro viejas y podridas las del edificio monárquico.

Habíamos de convertirnos todos en beatos de oficio, dar dinero á frailes y curas (lo que más los conmueve) y la Iglesia no transigiría con nosotros. Tomaría lo que le diésemos y nos seguiría tratando como á enemigos.

Únicamente transigiría, y esto en apariencia, el día que fuésemos los más fuertes. Es su táctica. Sin perjuicio de procurar derribarnos.

Hay que desengañarse. Ni nos quitaría un adarme de fuerza, ni nos lo daría, el que compitiésemos con los neos en celo religioso; sólo conseguiríamos que, á más de odiarnos, nos despreciasen.

Por estas razones, me sonrío cada vez que un diplomático de los nuestros aconseja en nombre de la conveniencia que no combataremos al catolicismo, es decir, la causa, y que atacemos sólo el efecto, esto es, al clericalismo, creyendo que de este modo va á venir inmediatamente la República.

¡Inocentes! La República no deja de venir porque seamos anticatólicos; deja de venir, porque no tenemos lo que se necesita para traerla, como lo acreditan estos convencionalismos y estas cobardías con que tratamos cuestión tan capitalísima.

¡Abajo los programas!

Hay quien sostiene que es necesario mantenerlos, no precisamente para de-

rribar la monarquía, sino para lo que venga después.

La afirmación, por tener de todo, hasta gracia tiene. ¡Lo que venga después! Cualquiera puede profetizarlo.

Hasta los que a'ardean de demagogos retroceden ante la idea de que vayamos á la revolución sin programa; quieren, por lo visto, sujetar la revolución al metro y al kilo. Revoluciones con peso y medida...

Puestos ya á eso, no sé cómo no se les ha ocurrido escribir un manual de táctica, en que, como á las quintos, se instruya á los revolucionarios: *Autonomía municipal! Uno... dos... ¡Juntas revolucionarias!... ¡De frente! ¡March! Uno... dos... ¡Atol! Uno... dos... tres...*

No niego que esto sería encantador, idílico; sólo tiene el pequeño inconveniente de que es imposible de realizar.

De nada nos ha servido ni nos sirve todavía la experiencia á los republicanos. Es nuestro principal defecto.

Todo lo hemos hecho siempre con programitas. En la misma República del 73 daba gusto ver la unanimidad de pareceres, en cuanto á lo federal, que existía en el partido. ¿Y qué resultó? Que nos hicimos un lío, porque cada cual entendía lo federal á su manera, y algunos de ninguna.

Y no es que yo dude de la eficacia de los programas. Pero pregunte: si todos son buenos, casi infalibles, ¿cuál vamos á preferir? ¿Cuál de ellos debe ser elegido por más práctico, más viable, más oportuno? — ¡El mío! — contestará cada fracción y aun cada individuo que se permita el lujo de tenerlo.

Y hétenos siempre en el mismo círculo vicioso. El que cree que el suyo es el mejor, no debe ceder, so pena de inconsecuencia; y, no cediendo ninguno, el diablo que adivine cómo vamos á entendernos.

¡Los programas! Parece mentira que todavía haya quien no esté convencido de que no sirven para nada, como no sea para dividir. Si sirvieran, há tiempo que hubiera venido la República. ¡A penas le hemos dado programas al país, a trezados en todas las formas y servidos con todas las salsas, sin que nos haya hecho caso!

Y por cierto que á causa de haberle dado tantos, el país no sabe ya á qué carta quedarse, ni qué es lo que le ofrecemos los republicanos. Y lo mismo que al país nos ocurre á todos.

Se necesita una memoria de las que no se usan, para recordar lo que cada fracción quiere y ofrece. Por mi parte, confieso que no sabría responder al que me preguntara: ¿en qué están los republicanos de acuerdo, y en qué no lo están? Tal baturrillo de programashay.

Por estas razones, y por muchas más, opino que hay que encerrar los dichos programitas, no bajo siete, bajo setecientas llaves, y sustituirlos con éste, claro, expresivo y perfectamente realizable: «¡abajo todos los programas, para llegar á la unión que ha de contribuir poderosamente á derribar la monarquía!»

¿Y después? Si no es posible determinar lo que va á pasar dentro de una hora, ¿vamos á adivinar lo que sucederá después de venir la República?

Con tal que pase lo contrario de lo que ocurre hoy, el país saldrá ganando en moralidad, en vergüenza, en dignidad, y hasta en dinero.

Lo que no debemos olvidar, es esto: El país no se asusta ya de ningún programa republicano, por radical que parezca.

Por lo que se retrae de ayudarnos, es por no ver hombres entre nosotros.

Tengamos arranques de tales, y á nuestro lado se pondrá.

Capitanes que luchen; no apóstoles que propaguen. Esto es lo que España quiere ver.

DESUNIDOS

Un diputado de los nuestros ha dicho en el Congreso que los republicanos *estamos unidos*. Afortunadamente para nosotros no es cierto. Y digo afortunadamente, porque, de *estarlo*, deberíamos renunciar á ver implantada la República.

No haber intentado traerla ni cuando el conflicto de las Carolinas, ni cuando murió D. Alfonso XII, ni cuando asesinaron á Cánovas, ni cuando lo de Cavite, ni cuando lo de Santiago de Cuba, ni cuando lo del Tratado de París, ni cuando regresaron las tropas de Cuba y Filipinas vencidas sin haber luchado, ni cuando se agitó la Unión Nacional, ni cuando la boda de Caserta, ni cuando el último movimiento anticlerical de que se aprovecharon los liberales, ni recientemente cuando la coronación del rey, y afirmar ahora que *estamos unidos*? Esto equivaldría á darnos á nosotros mismos patente de incapaces y de cobardes; declararnos impotentes; reconocer que nada debe esperarse ya de nosotros. Si permanecemos petrificados en ocasiones tan propicias, *estando unidos*, ¿qué podremos hacer jamás?

No estamos unidos, no; pero de haberlo estado, por dignidad, por decoro y hasta por vergüenza deberíamos negarlo.

El que todos estemos conformes en una idea, la de traer la República, nada significa ni significará, en tanto que no subordinemos á esa cuantas se relacionan con principios, programas, organización y predomios de grupo.

Por esto defendiendo yo la Asamblea y la dirección unipersonal, porque *lleguemos á unirnos*. De nada sirve comulgar todos en la fe republicana, si las obras no la cimentan.

Pero hasta tanto que lleguemos á la unión—no para traer la República al día siguiente, sino para ponernos en condiciones de que no nos sorprendan parecidos y probables acontecimientos,—no nos despojemos del argumento único que puede disculpar nuestra inacción: *el de que estamos divididos*.

¡POR FAVOR!...

No es esta ocasión de hablar de principios, sino de encontrar hombres que traigan la República para implantarlos. Solamente una falta debe ser imperlonable hoy: la de oponerse á la inteligencia de todos.

Federal, progresista, unionista... Deben proscribirse estos alias que separan, y sustituirlos por esta palabra que une: *republicanos*. Mientras no lleguemos aquí, nada habremos hecho.

A bajo por lo tanto la consecuencia

apolillada, el principio ineficaz, el credo inservible. Todo lo que impida traer la República, no vale hoy un comino.

¡Hombres antes que ideas!: este debe ser el grito; que habiendo hombres, ideas habrá y medios de que fructifiquen.

¡Ideas! Desde la restauración acá no hemos hecho otra cosa que discutir las y depurarlas. ¿Y cómo estamos? Sin saber á qué atenernos.

Pero, entiéndase bien: hay que unirnos, no para decir que lo estamos, sino para acumular y utilizar las fuerzas de que disponemos. Hace años dije que podía haber *una cosa peor que estar divididos*, y era unirnos para *no hacer nada*. Lo primero podría servir de disculpa á nuestra inacción; lo segundo nos acreditaría de impotentes. Los hechos han demostrado que no me equivocaba.

Hay que remediar esto uniéndonos ahora de verdad, y para algo. Como estamos, no somos garantía para nadie.

¿Qué sucederá si no nos unimos?

Que cuando la nación, agotada, postada y deshonrada del todo, pida su salvación á un cambio de régimen, para nada se acordarán de nosotros, los vacilantes, los cobardes, los impotentes de hoy, y entregará la República á los monárquicos.

¿Y cuál sería nuestra situación entonces? ¿Nos sublevaríamos contra la República, más ó menos reaccionaria, pero República al fin, ó nos resignaríamos á seguir propinándonos la pueril y ridícula satisfacción de llamarnos íntegros, puros y consecuentes?

En el primer caso, mereceríamos que nos fusilasen, y por la espalda; y en el segundo, el desdén que inspiran los tontos y el desprecio que merecen los pequeños. Porque pequeñez y tontería es, en política más que en todo, pasarse el tiempo proclamando las excelencias de una actitud ó de un principio, sin hacer nada para imponerla ó implantarlo.

Si nuestra última y mayor vergüenza sería que vinieran los monárquicos á agrupar bajo la República á cuantos aman la libertad para combatir al clericalismo.

Y por esa vergüenza pasaremos, si no nos unimos y nombramos un hombre que pueda ponerse en nuestro nombre al habla con los monárquicos que acaso estén preparándose á pasar el Rubicón.

ARGUMENTOS Y RESPUESTAS

El que deja de ser católico, deja de serlo por algo. Bien por creer que la religión es absurda, ó que es inmoral, ó que es innecesaria ó que es perturbadora. Y en cualquiera de estos enunciados, ¿cómo consiente que su familia continúe prestando acatamiento á lo innecesario, lo perturbador, lo inmoral ó lo absurdo?

Si cree que el catolicismo es bueno, debe ser el primero en profesarlo y practicarlo, para dar ejemplo á su familia. Si no, falta á un deber elemental de honradez permitiendo que los suyos acojan en su conciencia ideas religiosas que la suya rechaza.

Si cree que la religión es un freno, falta á su familia suponiendo que lo

necesita, mientras él no. Si cree que no lo es, debería impedir que los suyos perdiesen en prácticas estériles un tiempo que podrían invertir en obra digna ó provechosa.

Entre las muchas cosas que no comprendo en esta cuestión, figuran éstas: ¿Cómo un padre, á quien pervirtieron ó profanaron en colegios clericales, envía después á ellos sus hijos?

¿Cómo un liberal, sabiendo de que manera tratan al liberalismo en las iglesias, consiente que su mujer y sus hijas vayan á enterarse en ellas que su esposo ó su padre es un canalla perfecto, cien veces peor que un asesino, mil veces peor que un ladrón?

¿Cómo una madre honrada, que sabe cómo las gastan en el confesionario, permite que su hija se arrodele en la edad de la inocencia ante un hombre que va, por exigencias ineludibles del acto que ejecuta, cuando no por perversión de los sentidos, á rasgar velos y descubrir misterios?

Tienen la palabra los republicanos que están apartados de la Iglesia, pero que dejan á su familia en libertad completa de acción en este punto.

Con esto bastaría

He dicho que los programitas son un estorbo para antes, porque nos impiden entendernos; y para después, porque nos traerían perturbaciones.

Hoy podríamos llegar á una perfecta y fructífera inteligencia, solamente con convenir en esto: En que había que traer la República por los procedimientos que vino la restauración, y conservarla por los procedimientos que la sostienen, y en que, una vez establecida, nuestra principal misión sería conservarla. ¿Podríamos conseguirlo dentro de la ley? Pues dentro. ¿No? Pues fuera. Y sobre ella y contra ella, á no ser posible de otro modo.

Y que no deberíamos cuidarnos de que se restaurase el derecho, sino consagrarnos exclusivamente á que triunfase la justicia; y que, cuando lo hubiéramos hecho todo autoritariamente, y removido los obstáculos que á nuestra marcha se hubieran opuesto, y en todos los organismos lleva o á cabo el desmoche, lo mismo en organización que en personal, y cuando todas las reformas se hubiesen implantado, entonces habría llegado el momento de convocar unas Cortes que sancionasen lo hecho.

Al llegar aquí, me parece oír á muchos correligionarios: «¡Dictadura!... ¡Autocracia!... ¡Tiranía!... ¡Sí, y mil veces sí!... Convencidos de que en la República estaba la salvación, resultaría justo, político y honrado faltar á las propias convicciones para salvar á España. Soy demócrata convertido; mas si, para imponer ó salvar la democracia, fuere preciso dejarla dormir por algún tiempo, me resignaría á velar su sueño. Sacrificio grande sería, pero ese y algunos más merece. El alimento es necesario para vivir, y, á pesar de esto, hay quien vive precisamente por haberlo dejado de tomar durante ciertas enfermedades.

Otros correligionarios exclamarán seguramente: «¡Confusión!... ¡Caos!... ¡Demagogia!... ¡Sí, y un millón de veces sí! Pero de esa demagogia, de esa con-

fusión, de ese caos podría resurgir una España viril, de alientos, regenerada, en nada parecida á ésta afeminada, asmática, enclenque... Sólo se necesitaría para ello que apareciese un hombre que, hipotecando previamente su cabeza, se atreviese á cortar todas las que tienen perfecto derecho á ser acariciadas por el verdugo.

Y en último término, y aun suponiendo que España estuviese destinada á perecer, menos sufriría destrozándola un león de un zarpazo, que cayendo roída por legiones de gusanos.

Pero, no; esto último no puede ser. Un pueblo no se resigna á morir de manera tan asquerosa.

Mi bandera hoy

No tengo otra que la reinstauración de la República. ¿Qué República? Cualquiera. ¿Por qué procedimiento? Por el revolucionario. Si no puede ser la República punto de llegada, que lo sea de partida.

Acaben los poderes inamovibles é irresponsables; de lo demás me cuido poco. Unitarismo, federación... Palabras sin sentido real mientras la monarquía pese sobre nosotros.

¿Se quiere saber ahora cuál sería en estos instantes la República de mi preferencia? Una tan enérgica como honrada, tan moral como reformista, que pasados los inevitables y convenientes trastornos de los primeros días, no consintiera que nadie, y menos llamándose republicano la perturbara sin llevar en el acto su merecido. Si la República fuese unitaria, castigaría con mano durísima al que en nombre del federalismo le crease dificultades; y si fuese federal, al que lo hiciera en nombre del unitarismo. Si alguna tolerancia... relativa, tuviera (que lo dudo), sería con el que se sublevare habiéndolo hecho durante la restauración; pero haber permanecido en actitud pacífica con la monarquía y alzarse luego en armas contra la República? Ni de Dios le vendría el remedio al que lo hiciese.

¿Leyes radicales, reformas?... Cuantas quisieran. ¿Pero perturbaciones á diario como en 1873... mascaradas de gorro frigio... cantoncitos... petición de cabezas en cada mitin... batallones con musiquitas por las calles para no hacer nada el día que á un Pavía se le antojase disolver el Congreso?... ¡Bah! Esto no ocurriría en la República de mi preferencia, sin que yo protestase por lo menos.

Me entusiasma cada día más el parte de aquel alcalde del año 1835:

«No ocurre novedad. La matanza de los frailes continúa en medio del mayor orden.»

Debemos parodiarlo el día que ven-gamos: nada de bullangas y mucho radicalismo para impedir nuevos retrocesos.

Palabras en moda

En los escasos momentos que dejamos descansar la palabra *disciplina*, la de *orden* hace el gasto entre nosotros. Dudo que ni los mismos moderados la pronunciasen tantas veces.

¿Por qué? Porque contra toda lógica

y toda conveniencia soñamos con una República que satisfaga á las clases conservadoras, no con la que debe redimir al pueblo. Y si hoy, en la oposición, frente á una monarquía que políticamente nos engaña, económicamente nos arruina, religiosamente nos llena de conventos, ante el extranjero nos avergüenza y ante los explotadores nos vende, no sabemos hablar más que de orden y disciplina, ¿qué no haríamos cuando pesasen sobre nosotros las responsabilidades del gobierno?

Otra frase que no se nos cae de la boca y que viene á remachar el clavo, es la de *respeto á los derechos adquiridos*.

¡Derechos adquiridos! Desde la Traslántica á la Tabacalera, desde el clero á los tenedores de papel los tienen; no hay monopolio ni injusticia que no pueda invocar el suyo, ni latrocinio que no esté amparado por alguno. ¿Y vamos por esto á conservar todo como está? Equivaldría á mantener lo actual con otro nombre, renovar la patente al privilegio; y para esto no vale la pena de cambiar de régimen.

Una república respetuosa con los derechos adquiridos, sin dos reales ni de donde sacarlos, serviría únicamente para allanar el camino á los carlistas.

Si después de tantos años de anatematizar la monarquía, poner en la picota á sus hombres, patentizar sus in-moralidades, y presentarnos como salvadores de la patria, nos contentáramos con sustituir la Marcha Real por el Himno de Riego, el pueblo, que ya apenas se fía de nosotros, alzaría su poderoso pie y nos lo aplicaría entre indignado y desdén á esa parte fatalmente destinada en los niños á responder de sus travesuras. Y haría muy bien. Estar durante veintidós años ofreciendo ponerle en condiciones de que viva, y encontrarse con una monarquía de gorro frigio, sería un engaño sangriento.

No sueño, como ya he dicho, con una República de guillotina; pero ¿es que no vamos siquiera á barrer los frailes en los tres primeros días, á pretexto de que se han enclaustrado en virtud del derecho que la ley de Asociación les concede? ¿Es que vamos á respetar los contratos mineros, las sociedades explotadoras, porque se nos presenten cubiertas con el manto de la legalidad?

Si seguimos pagando casi todo lo que paga la monarquía, ¿qué destinaremos para ir lentamente enjugando la fabulosa deuda que nos legue? Porque la deuda hay que pagarla, tarde ó temprano; se podrá buscar un arreglo, un aplazamiento, pero al fin y á la postre hay que enjugarla. ¿Y con qué, si dejamos en pie todo lo existente?

El día que se establezca la república tiene que cortar por lo sano sin contemplaciones de ningún género. El que no lo crea así ó no esté dispuesto á hacerlo, que se declare monárquico ó se retire á la vida privada.

Hay que volver lo de arriba abajo. Si se puede en medio del mayor *orden* y dentro de la más perfecta *disciplina* (que lo dudo) de esa manera; y si no, de la contraria. Y en cuanto á los *derechos adquiridos*, también pudieran respetarse con esta sola condición: que no perjudicaran ni directa ni indirectamente al que tiene la nación de vivir crecer y desarrollarse; mas como esto no es posible...

No confundamos

Sí, conformes con que la República sea *para* todos los españoles, no únicamente para los republicanos. Nadie reclame privilegio de invención por la frase: todos venimos diciendo lo propio.

Pero debe añadirse: «La República, *por* los republicanos; los *únicos* interesados en consolidarla.»

Hoy, todos los republicanos estamos dispuestos á no hacer hincapié en el más ó el menos, ni en si ha de ser federal ó unitaria, lo mismo que á ponernos del lado del que la traiga, sea quien fuere.

Mas precisamente por esto no transigiremos con quien pretenda, á pretexto de combatir la reacción, relegarnos á segundo término en nada de aquello que con la República se relacione.

Que vengan enhorabuena á nuestro lado los monárquicos que no tengan responsabilidad directa en los males de España; pero que hagan previamente declaración de republicanismo; compartan desde ahora con nosotros el alejamiento del poder, las persecuciones y los sacrificios.

Y si la venida de la República se retarda, y ellos hacen entretanto méritos para ascender, ó tienen más talento, ó trabajan más, nosotros mismos los colocaremos á la cabeza; que quienes hemos sabido durante veintisiete años acallar todas las voces de la conveniencia personal por amor á los ideales, no íbamos ahora á desmentirnos por pe-
queñeces de esas.

Con que á poner las cartas boca arriba todo el mundo.

Y adelante después.

Pensemos en mañana

Ya poco nos queda por ensayar, como no sea lo que siempre tenemos en boca: la revolución.

Hemos acudido á los comicios y nos hemos retraído; realizado actos de fuerza aislados; celebrado mítins á porrillo y veladas á montones; fundado casinos y comités á millares; asistido á innumerables banquetes para conmemorar fechas y obsequiar personajes.

¿Y periódicos? No puede calcularse los que hemos fundado. Claro es que han cumplido y cumplen una gran misión, pero no tan eficaz como los males de la patria reclaman. Entre esos periódicos, los ha habido y los hay de lenguaje mesurado y de estilo violento, y que han dicho cuanto hay que decir en punto á la inutilidad de la monarquía y la inmoralidad de sus hombres.

Y en el Parlamento, ¡cuánto no hemos hecho! Discursos monumentales de los primeros oradores, arrazques tribunicios...

Y á pesar de Parlamento, prensa, actos de fuerza aislados, banquetes, comités, casinos, sacrificios personales, nada hemos conseguido, y estamos cada vez más impotentes para intentar el último y supremo esfuerzo.

¿Por qué? Porque los sacrificios no han sido hechos por todos ni utilizados convenientemente: porque no hemos sabido vencernos hasta olvidarnos de nosotros mismos; porque hemos antepuesto al triunfo de la República nues-

EL MOTÍN



PROCLAMACIÓN DE LA REPUBLICA ESTILO SOL Y ORTEGA

Ayuntamiento de Madrid

tra peculiar manera de pensar; porque hemos colocado lo accesorio sobre lo fundamental.

Unas veces por el programa, otras por el abolengo, otras por la antigüedad... ¡Váyase al diablo todo esto, si impide la reconstitución del partido republicano!

¡El abolengo! Si la democracia lo rechaza para el individuo ¿cómo ha de sostenerlo para las fracciones?

¡Los programas! Guarde cada cual el suyo para procurar que se imponga después del triunfo; mas ¿por qué invocarlo ahora, si mantiene la división?

¡La antigüedad! Cuando de la salvación de la patria se trata, el más antiguo es el primero que llega.

Y no es que yo pretenda que hombres ni partidos rompan de golpe con su pasado; sólo sostengo que el hoy tiene el mismo derecho á vivir que tuvo el ayer, y que debemos aprovechar las enseñanzas que nos han dejado veintiséis años de luchas estériles para llegar al mañana.

Pensemos en ese mañana, olvidando el ayer y el hoy.

LO QUE HEMOS HECHO

Hemos jugado á los comités; nos hemos distraído en los mítins; hemos celebrado manifestaciones; hemos hecho á diario vaticinios sobre la muerte de la monarquía; hemos elegido por turno, y á veces, aunque pocas, juntos, á Pi, Salmerón y Zorrilla; los hemos puesto como nuevos otras veces, por turno también, juntos y separados. Y hemos hecho y deshecho coaliciones; acudido á la lucha legal y retraído; entrado en las Cortes y retirado; juzgado incompatible la lucha revolucionaria con la legal y juzgádola compatible; celebrado asambleas; hecho subir prodigiosamente las rentas públicas con los millones de cartas de felicitación y los ídem de telegramas dirigido á los jefes con uno ú otro pretexto; y hemos, en fin, gastado centenares de miles de duros en publicar periódicos para prop'narnos el gusto de llamar soberbio á Cánovas, escéptico á Sagasta, bruto á Martínez Campos, traidor á Pavía, ruinosa á la restauración, y o ras frases por el estilo, que en nada han contribuído al bienestar del país.

¿Y los banquetes? ¡Ah! ¡Lo que hemos banquetado con cualquier pretexto y ocasión! El 11 de Febrero; el día del santo de este jefe; cuando ha venido un portugués; cuando se ha ido; banquete por el maravilloso é inesperado acontecimiento de que un diputado republicano habló en el Congreso; banquete porque se retiró la minoría; banquete porque se constituyó un comité; banquete por cualquier cosa. «¡La oposición es un banquete!» hemos podido exclamar sin que nadie se atreviera á tacharnos de exagerados.

¡Ah! Si tuviéramos reunidas las cantidades que hemos digerido los 11 de Febrero, los días de constitución de Comités, terminación de Asambleas, reunión de Juntas, ó del santo de tal jefe, saldríamos á fusil por republicano y á cañón por cada millar, con las correspondientes municiones. Podemos bien, sin que se tome á jactancia,

alabarnos de habernos comido la ins-tauración de la República.

Y en medio de esto, ¡qué de ilusiones! ¡cuántas esperanzas!

Cuando han mandado los liberales, hemos dicho que lo que convenía era que los sustituyeran los conservadores, porque éstos aprietan, y nos levantáramos como un solo hombre. Y, efectivamente, venían los conservadores, apretaban más que un dolor, y no se movía una rata. Entonces volvíamos la oración por pasiva, y deseábamos que volvieran los liberales, porque al fuego sagrado de la libertad bulla más ardorosa la sangre revolucionaria. Y cuando los liberales volvían, permanecíamos hechos unos benditos, salvo los pronunciamientos militares del 83 y del 86, que se prepararon sin contar con el pueblo para nada. Desde el último han transcurrido ya catorce años, sin que á pesar de esto dejemos de escupir á diario por el colmillo.

Y entretanto, ¿qué ha sido del pueblo? ¡Bah! ¡El pueblo! ¿Qué se nos da de él, fuera de las épocas de elecciones? No trabaja, no come, languidece, muere... Pero eso ¿qué? Con echarle la culpa á la restauración, ya hemos cumplido.

¿Y qué ha sido de España? ¡Bah! ¡España! ¿Qué nos importa de ella, mientras no hayamos fijado bien el límite de las autonomías? Bancarrota es el interior, humillaciones en el exterior, pérdida de Colonias... inmoralidad en todas partes... La reacción ahogándola; las órdenes religiosas saqueándola; los incapaces gobernando; los honrados abatidos; indiferencia en los unos; asco en los otros; el agio en triunfo; la usura único medio de vida donde no impera el robo; fábricas que se cierran, comercios que se hunden, labradores que ven pasar sus fincas al fisco; ruina y desolación por donde quiera que se mire...

Y nosotros, ¡nada! ni un arranque viril, ni un sacrificio fructífero. Ninguno cedemos. ¡Que se hunda todo antes que nuestra inflexible conciencia tenga que echarse en cara la más pequeña transgresión de principios! Faltamos á todos ellos en más ó en menos mientras duró la República, y aun después. Pero ahora debemos ser inflexibles. ¿Qué diría la posteridad si cualquiera de nosotros transigiese en bien de la patria? ¡Oh! Nunca. Nos debemos á la historia. ¡Sálvense los exclusivismos y perezca España!

Así hemos obrado, así seguimos obrando, y así nos vemos.

Guerras civiles ha habido muchas entre los españoles, pero no han sido infecundas como la sostenida entre nosotros. En la conquista de América, la epopeya más grande de los siglos, los españoles se combatían, pero avanzaban; sobre sus huesos levantaban un mundo para su patria; con su sangre regaban el árbol de la civilización.

Nosotros, en cambio, nos combatimos sin grandeza, sucumbimos sin gloria: sobre nuestros huesos no se levantará más que un farrapo inútil de programas, manifestos, circulares, telegramas de felicitación, menús de banquetes; papel, mucho papel; y en vez de sangre, sólo podremos ofrecer al desprecio de las generaciones venideras, tinta, mucha tinta...

Rebatiendo un cargo

¿Que quien soy yo para hablar así? Uno de los pocos que pueden hacerlo, porque jamás oculté lo que pensaba, ni busqué medros dentro del partido, ni me arredraron las contrariedades; uno que, teniendo las simpatías de casi todos, cuenta hoy con las antipatías de muchos, por no haberse adaptado al medio; uno que, en condiciones como pocas para colocarse entre los de arriba, ha permanecido en su rincón trabajando por la causa sin descanso; uno que, si no tuviese tan arraigadas sus convicciones y respetase tanto su historia, hubiese dicho hace ya tiempo á sus correligionarios: «Abur, amigos. Me voy á la monarquía. Si me creo una posición política y hago fortuna, volveré á vuestro lado, seguro de que entonces me recibiréis con los brazos abiertos, como os estáis preparando para recibir á Canalejas.» Ese soy yo.

No es esto en mí vanidad; es orgullo de pura ley, grande y legítimo; el orgullo que debe sentir todo hombre, so pena de ser un imbecil sin conciencia de sus actos, que pone honradamente al servicio de una causa inteligencia, voluntad y desinterés; el orgullo de quien se considera un pigmeo si se juzga, pero se cree un gigante si se compara; el orgullo del que, sin ideas mezquinas sobre cosas ni personas, podrá equivocarse alguna vez y realmente se equivoca, más nunca dice lo que no siente; el orgullo de quien sabe que tiene siempre desprecio que regalar á los sinvergüenzas y saliva que arrojar al rostro de los miserables. Ese orgullo hermoso, noble, sin el cual nada vale el hombre que lucha por el triunfo de la verdad, y que le impide descender al pantano en que se agitan los reptiles que hay en todos los partidos. He dicho.

Pensar alto

Nos paga nos de palabras más que de obras. Cuando no á los jefes, rendimos culto idolátrico á unas cuantas frases, muy sonoras, pero muy pobres de sustancia en las realidades de la política. Allá van algunas, recordadas al volar de la pluma:

«Sin abdicar de nuestros hermosos ideales»... «Conservando nuestros salvadores principios»... «Manteniendo enhiesta nuestra gloriosa bandera»... «Nuestro antiguo abolengo»... «Las santas tradiciones de nuestro partido»... «Nuestra consecuencia inquebrantable»... «La fe en nuestras doctrinas»... «Nuestro honor»... «Nuestra conciencia» y otras diez ó doce más que, si las suprimiéramos por inútiles, daríamos un gran paso en el camino del buen sentido.

Ya sé, ya sé que poniendo cada una de esas frases por título á un artículo, se pueden escribir sublimidades, agotar el repertorio de los adjetivos que entusiasman, y has'a quedar como Rogers de Flor en punto á dignidad, honor y pensamientos bonitos; pero después de agotados esos temas, España seguirá deshonorándose y arruinándose, que es en primer término lo que debe-

mos á toda costa evitar los republicanos.

¿Hay nada más poético que una monja? Renuncia á todos los goces de la vida por conservar incólumes los votos pronunciados; en punto á consecuencia, puede darle quince y raya al republicano más conservador de sus principios; admírase su abnegación; se aplaude su sacrificio; pero, en suma ¿quiere decirse que misión cumple en la tierra una monja, como no sea la egoísta de alcanzar la bienaventuranza eterna? ¿Cuanto más que todas las monjas juntas vale la mujer que, aun prescindiendo de ciertos escrúpulos sociales, hace que en el registro de la vida se escriba esta frase hermosa: concebido ha sido un hombre?

De igual manera, ¿no sería mucho más grande el republicano que tragándose, no uno, todos los principios de que alardea, trajese la República por cualquier procedimiento, que la multitud de consecuente, abnegados y fieles que convierten su partido en convento y creen haber cumplido con su deber defendiendo sus principios con el intransigente egoísmo que la monja recita sus oraciones?

Hay que pensar más alto, prescindir más de lo propio, vivir, en fin, la vida de la realidad; y de ser intransigentes, serlo en aquello que no afecta á la patria, esa patria cuyo nombre tenemos siempre en boca sin hacer na la para justificar que podemos tenerlo.

DIVAGUEMOS

Ya que no servimos para traer la República, perdamos el tiempo hablando de cómo debería ser, si á despecho nuestro viniera.

Oigo hablar de una República que respetara los *derechos adquiridos* y los *intereses creados*; y aunque me encanto y me extasio ante esa generosa idea, no adivino cómo íbamos á sostenerla.

Si el estado del país fuese próspero, y viniera la susodicha, claro está que podría ir realizando despacio, en uno, en dos, ó en tres años las reformas que constituyen nuestro credo. Pero como llegaríamos cuando el país estuviese del todo en ruinas, sin contar más que con nosotros mismos y rodeados de enemigos, seríamos preciso ahogar nuestros naturales impulsos de bondad y benevolencia, para acudir con mano fuerte al remedio de tantos males. Así, dejémonos de vana palabrería y hablemos con franqueza.

En los ocho primeros días se decidiría la suerte de la República: si los dejábamos pasar sin hacer la revolución en la *Gaceta*, estábamos perdidos. Esto sin oponernos á la que los ciudadanos hiciesen por su cuenta.

No es tan fácil la tarea, como á primera vista parece, de discutir y redactar los principales decretos que deberían publicarse. Son tan complejas las cuestiones que hay que tocar, que será poco todo el tiempo que á su estudio dedicásemos de antemano.

Lo mejor sería, indudablemente, respetar todos los derechos, bien ó mal adquiridos, pagarlo todo, no perjudicar á nadie, vivir en paz con todo el mundo; que cada español se arro llara al levantarse para dar gracias á lo alto por el privilegio que le habla concedido sobre al resto de los mortales,

de nacer en esta bendita España y vivir bajo el régimen dulce y fraternal de una República que había hermanado el orden con la libertad, la gallina con el salmón, la ternera con el besugo, el bienestar con la holganza; pero como esto, ó mucho me engaño, ó no ha de ser posible en veinte ó treinta mil siglos, por lo menos, hay que tomar las cosas de otro modo.

En el período de propaganda, ninguno, yo el primero, nos hemos cuidado más que de atacar. Desde ahora debemos recogernos y pensar. Y yo he pensado, en primer término, que habría que renunciar por lo pronto á implantar las autonomías municipales en la extensión que pretende el señor Pi, y las regionales en absoluto, por no dar ocasión á grandes trastornos en los momentos en que to la la unidad de acción y toda la suma de energías serían pocas para defendernos de nuestros enemigos.

Si se quiere verdaderamente una República que intente la salvación de la patria, con grandes probabilidades de conseguirlo, tiene que ser revolucionaria. Y conste que no digo esto en el sentido estrecho de cortar pocas ó muchas cabezas. Este es detalle de escasa importancia.

¿Qué quiero expresar entonces? Que no se tuvieran para nada en cuenta los derechos adquiridos por el individuo, si se oponían á la vida de la nación; que se atendiera en todo á lo justo, no á lo legal; que se suspendiera el pago del presupuesto del clero, puesto que los clérigos pueden vivir de su profesión; que no se negara, mas sí se aplazase para cuando estuviésemos desahogados, el pago de los intereses de la Deuda; que se anularan los privilegios del Banco, la Transatlántica, los ferrocarriles y los de todas las empresas que viven del monopolio; que se conminara á los deudores del Estado á ponerse al corriente en el término de un mes; que se obligara á declarar sus fincas á los ocultadores en un plazo brevísimo, so pena de perderlas; que se vendieran incontinenti los bienes de la Corona, lo mismo que las fincas del Estado que éste no utilizase; que se suprimieran las cargas de justicia; que se revisaran todos los expedientes desde la restauración acá, y se castigara con la pena de devolución á los que se hubieren aprovechado de tolerancias indebidas ó de leyes injustas; que se obligara á las empresas de ferrocarriles á abonar al Tesoro los centenares de millones que adeudan por introducción de material y otros conceptos, y que se suprimieran todos los organismos inútiles.

Respecto al ejército y la marina, nada debería hacerse hasta estar tranquilos; después se intentarían las reformas convenientes, no cómo hasta aquí, sino encargando á comisiones nacidas de su seno que estudiaran y propusieran las que creyesen justas, sin debilitar esos organismos ni incapacitarlos para las contingencias del porvenir.

Todos estos decretos, y los que respondieran al propio espíritu de equidad y justicia, deberían salir en los primeros números de la *Gaceta*, y digo en los primeros, por tener el convencimiento de que, reforma aplazada, reforma que no se realiza.

¿Que esto traería perturbaciones sin cuento? Mal año para la República si no

las trajera, pues esto probaría que la nación había llegado á un extremo de pasividad inerte, que la hacía indigna de ser salvada. Pero estas perturbaciones tendrían varias ventajas, entre ellas la de imponerse á los enemigos, que si vieran debilidad desde el primer momento, intentarían hacer con nosotros lo que las ranas con el real armatoste de la fábula.

Se nos presentaría una cuestión gravísima: la de dar ocupación al pueblo desde el primer instante. El pueblo, que transige hoy con que la monarquía no se la dé, la demandará inmediatamente de la República; y si él no cayese en la cuenta, no faltarían monárquicos caritativos que se lo recordasen. ¿Se tiene pensado algo acerca de esto? Por mi parte allá van unas ideas: obligar á las empresas de ferrocarriles á poner la doble vía y construir los edificios á que están obligadas por la concesión; impedir que los concesionarios de obras públicas suspendieran las que tuviesen en construcción; exigir á los propietarios de solares que los poseyeran en las calles céntricas con tres años de anterioridad, á que edificaran ó vendieran, imponiéndoles, en caso de no poder efectuar ni una cosa ni otra, la contribución que correspondiera al edificio construido; esto en las capitales; que en los pueblos ya se encargaría cada avuntamiento de emprender las obras de utilidad pública que estimase conveniente, á prorrato entre los que se hubieran comido los fondos municipales durante los veinticinco años últimos.

No hay que advertirme que esto es un poquito tiránico; lo sé; pero á grandes males, grandes remedios. Hay que advertir que aplaudiría estas medidas si los monárquicos las tomaran hoy, porque no me las dicta el espíritu de partido, sino el afán de salvar á España.

¿Que en el momento que se hiciera esto y cosas parecidas, nadie nos prestaría un ochavo? Lo sé también; mas aparte de que menos nos lo prestarían dejándonos de hacer, como no deberíamos pedirlo, este punto queda descartado. El dinero habría que buscarlo en todas aquellas partes donde el privilegio imperase, la inmoralidad subsistiera ó el delito se ocultara.

República y Revolución no son sinónimos, ni mucho menos. Se puede ser republicano sin ser revolucionario, y viceversa: por eso la palabra República no expresa hoy suficientemente una solución al conflicto porque España atraviesa.

Si viniese la República como algunos desean, y guardase todos los respetos que dicen, ó intentase hermanar la democracia con la tradición, nos agitaríamos, perturbaríamos, nos sublevaríamos, empeoraríamos todo, y los monárquicos se burlarían de nosotros, y nos destruirían, y por último nos barrerían, y encima nos escupirían.

Por este camino estábamos perdidos sin falencia: por el otro, que ofrece también graves inconvenientes, tendríamos probabilidades de salvarnos, y la seguridad completa de conseguirlo si tropezábamos con hombres de energía, dispuestos á sacrificarlo todo por la patria.

No es, pues, dudosa la elección.

LA PAZ

No se cansen ni le den vueltas; aquí no hay paz, ni la habrá mientras lo se dicte y lleve á cabo el siguiente:

DECRETO

Artículo 1.º Desde esta fecha se establece la absoluta libertad de cultos.

Art. 2.º Se declara obligatorio el matrimonio civil, anterior á toda ceremonia religiosa que con él se relacione.

Art. 3.º Quedan abolidos todos los fueros y suprimidos los tribunales especiales, excepto los de aguas.

Art. 4.º Se suprimen todas las órdenes religiosas, institutos, congregaciones, hermandades, cofradías, sacramentales y asociaciones análogas de legos, con ó sin distintivos ó uniformes, que bajo pretexto de religión y piedad son focos de constante amenaza á la libertad, al progreso y la paz pública.

Art. 5.º Se desamortizan en favor del Estado los bienes eclesiásticos, hasta aquí exceptuados, aunque estén en litigio.

Art. 6.º El Estado se incautará inmediatamente de los *acervos* *piadosos* de cada diócesis, donde están acumulados los capitales producto de conmutaciones de cargas piadosas, en títulos de la Deuda cedidos por los gobiernos ó particulares á la Iglesia, en vista de no haber cumplido ningún obispo con lo estipulado respecto á la creación de capellanías colativas.

Art. 7.º Los bienes, rentas, alhajas y objetos de las comunidades religiosas disueltas, institutos, sacramentales y cofradías pasarán á poder del Estado.

Art. 8.º Queda abolido el derecho de patronato eclesiástico, en todas sus formas y denominaciones.

Con este decreto y un arreglito del clero secular, que bien lo necesita, llenaríamos de millones las vacías arcas del Tesoro público y reconquistaríamos las pérdidas simpatías de las naciones cultas, y, ¡quien sabe si hasta nuestros propios enemigos se contentarían con el simpático papel de redentores de este pueblo esclavo!

A los republicanos de provincias

Aunque hace poco referí el siguiente cuentecillo, allá va de nuevo:

Escuchando una veterana devota las lamentaciones del predicador por el prendimiento de Jesús en el huerto, no pudo contenerse, é interrumpió en esta forma:

«Bien empleado le está. El se tiene la culpa. Si sabe que todos los años lo prenden, ¿por qué va al huerto?»

Queridos correigionarios de provincias; no os enfadéis conmigo si os aplíco el cuento. Ya sabéis que no trato ni de llamaros á mí, ni de pedir os un voto. Trato únicamente de deciros: Si sois los amos, ¿por qué obedecéis? Si os engañan tan á menudo, ¿por qué acudís? Si en vosotros reside la fuerza, ¿por

qué permitís que nadie se os imponga?

Os lamentáis, y con razón, de que se juega con vuestra buena fe; que se os utiliza para satisfacer ambiciones injustificadas; que se os impulsa á tomar parte en luchas mezquinas de personalidades encontradas.

Todo eso es cierto, sí; pero vamos á ver; en confianza: ¿quién tiene la culpa sino vosotros? Si no acudierais siempre al huerto ¿os prenderían en él?

Me replicaréis que, si acudís siempre á donde se os llama en nombre de la República, es por ver si por casualidad resulta algo favorable para su advenimiento; bien así como el enfermo toma la última medicina que le recetan, en la esperanza de que pueda devolverle la salud que no le daron las anteriores.

Perfectament; conformes en un todo. Pero no me negaréis que llega un momento en que el enfermo se cansa de tomar medicinas, y busca en el cambio de clima remedio á su mal. Y yo creo que el partido republicano está ya en ese caso.

Hace tiempo indiqué que podría reorganizarse sólida y democráticamente, uniéndose los republicanos de cada provincia con entera independencia de las fracciones existentes, nombrando un representante, reuniéndose luego los de las cuarenta y nueve, y acordando lo que tuvieran por conveniente. Nadie se ocupó de mi indicación.

Desde entonces hasta hoy, las divergencias en el republicanismo han aumentado en proporción enorme; y como hay que cortarlas, so pena de resignarnos á aplazar indefinidamente el cumplimiento de nuestra misión, reproduzco y amplío aquí aquella idea.

¿Por qué no se organiza cada provincia por su cuenta, sin atender á fracciones, programas ni procedencias, ni á jefes ni caudillos, y nombra después un representante que no sea ni diputado ni cacique, y se reúnen todos en cualquier punto que no sea Madrid, sin otro propósito que el de proponer, discutir y acordar el organismo definitivo del partido republicano y nombrar los hombres que han de componerlo, imponiéndoles sólo un deber, el de trabajar por la venida de la República sin perder momento, ni perdonar medio, ni preocuparse de lo que pueda ocurrir cuando venga?

Sería la primera organización seria, democrática y consistente que habría tenido el partido republicano desde la restauración acá.

¿Espero que sea tomada en cuenta esta indicación? No. Acabaría con el caciquismo republicano, y hay muchos interesados en que continúe. Mas yo debo lanzarla, como lancé siempre cuantas creí que podían contribuir al triunfo de lo que todos deseamos, consolándome de los sucesivos fracasos con este pareado de Quevedo:

Yo he hecho lo que he podido:
Fortuna, lo que ha querido.

LA CARICATURA

¡Oh, sería un espectáculo tan solemne como transcendental la proclamación de la República en la forma que indica la caricatura de este número! Podríamos entonces halagar la consoladora esperanza de que España llegase á emular, y acaso á sobrepujar al Paraguay en lo pasado y á Colombia en lo presente.

La caricatura, dicho sea sin modestia, tiene tanta gracia como buena intención. Sin embargo, se le han escapado al dibujante varios detalles de suma importancia.

Uno, el de que un republicano místico llevase mi cabeza clavada en la punta de una pica, para dar así testimonio de la fe acendrada de los defensores democráticos de los frailes y de su decidido propósito de acabar con la impiedad y la herejía.

Otro, el de que un grupo de republicanos ortodoxos llevara la estatua de Mendizábal en un serón, arrastrándola como arrastraron los absolutistas en 1823 el cuerpo de Riego hasta la Plaza de la Cebada, insultándola y escupiéndole por el camino, en castigo de haber decretado en 1835 la expulsión de las santas, moralizadoras y útiles Ordenes religiosas.

Otro, el de que figuraran varios estandartes llevando inscriptos los nombres más conocidos de los mil'ares y millares de individuos del Ejército y el Pueblo que murieron por defender la libertad en las dos guerras civiles del pasado siglo, á fin de que pudieran maldecirlos y execrarlos á su sabor los manifestantes.

Otro, el de que apareciese el Papa en lontananza, echando su bendición apostólica sobre los que venían á resolver en España las cuestiones religiosas y social-casando al gorro frigio con la mitra y poniendo al mismo tono la *Marsellesa* y el *Tantum-Ergo*.

Pero ya que el dibujante ha omitido esos detalles, consolémonos con la idea de que, el día que la República esa se proclamase, subsanarían sus fervorosos partidarios tantos y tan imperdonables olvidos.

Lo difícil era entrar en el buen camino; pero una vez logrado, nada tan fácil como llegar al fin.

Mucho ha tardado en salir el Sol, mas al fin ha salido por donde conviene á España: por el Vaticano.

¡Hosanna! La patria de Torquemada se ha salvado.

Hinquemos en tierra las rodillas, juntemos las manos, elevemos la mirada al cielo, y cantemos á coro:

¡Altísimo Señor
que supiste juntar
á un tiempo en el altar
al lobo y al pastor!,
etcétera, etc.

JOSÉ NAKENS

TROZO DE "LA ETERNA VIDA,"

¡Sin Dios! ¡Sin un creador esos innumerables mundos que no puede abarcar la más loca fantasía! ¡Sin un legislador la naturaleza sometida, en sus infimos detalles, á inflexibles leyes! Nebulosas decimos que engendraron el sol y los planetas: ¿de dónde salieron? ¿Cómo entraron en ese movimiento de relación que, á nuestro juicio, las convirtió en fuego, en agua, en rocíos? Habían de llevar consigo los érmenes de todo ser y de toda vida: ¿dónde los adquirieron? Me explico por el sistema de Darwin la progresión de la vida, no su origen...

¡Sin Dios! ¡Sin paraíso! ¡Sin infierno! ¿No tendrán, pues, castigo los que vivieron gozando del fruto de sus maldades, ni recompensa los que se sacrificaron por nobles causas? ¿Quién arrostrará entonces el martirio? ¿Quién no buscará por medio de los placeres el disfrute de los bienes de la tierra? La moral se viene abajo.

¡Sin Dios! Voltaire, el más osado de los filósofos, reconoció que lo había. Kant lo negó en su "Crítica de la razón práctica." Comte, con haber fundado la religión de la humanidad, no se atrevió á negarlo. Aunque dándole distintas formas, lo adoraron los pueblos todos de la tierra. Han sido siempre pocos los ateos. ¿Se habrá engañado en los siglos de los siglos nuestro linaje?...

No es realmente fácil concebir un ser sin principio ni fin creador de cuanto existe; glo es más concebir sin principio ni fin el mundo, todo mudanzas?...

¡El espacio! He aquí el escollo. Si fué obra de Dios, ¿dónde estaba Dios antes que espacio hubiera? Ni ¿de dónde pudo sacarlo? De espacio necesitaban las primeras nebulosas para existir y rodar sobre sus ejes...

¿No podré nunca desvanecer mi duda? No sin la fe, dicen los teólogos. ¿Puedo acaso afirmar lo que mi razón no afirma? Por tu razón, replican, no rasgarás nunca el velo que te cubre la verdad que indagas. Y ¿sí por la fe? He leído la Biblia, y he caído negado á Dios: tales son los desatinos que entre muchas verdades contiene. No puedo ver un Dios en Jehová, no lo puedo ver en Cristo...

¡Oh Dios! ¡oh Dios! Si existes, ¿por qué no te dejas ver de los hombres? Cruzaras tú el horizonte, aunque fuese en el carro que los profetas describieron, y todos te reconoceríamos y te adoraríamos. ¿Por qué rindieron culto al sol tantas y tan distintas gentes sino porque le veían despidiendo luz, calor y vida sobre la oscura tierra? Dicen que quieres que te veamos en tus obras: ¿por dónde sabemos que son tuyas? Si, este es el problema, esta es la cuestión que me preocupa.

Por no haberte dejado ver de nadie, quíenes te concibieron hombre, quíenes monstruo, quíenes en la plenitud de

la vida, quíenes anciano, quíenes uno, quíenes trino, quíenes obrando por tí, quíenes por divinidades inferiores, por espíritus ó númenes.

¿Quién eres, por fin, tú? ¡Ay! Lo ignoran los filósofos de todas las escuelas y los sacerdotes de todos los cultos. Ninguno te ve más que por los ojos de la fantasía; ninguno te define sino por una serie de negaciones.

¿Y creo aún en Dios? Ni creo, ni descreo: siempre la duda.

F. PI Y MARGALL



Ya se que estás malita
de a guñ cuidado,
y que al fin de semana
te irás á baños;
que el mal que tienes,
ya sabéis tú y el cura
de qué procede.

"Por favor, sí, señor"

Con perdón de todos, quiero ser sincero. Se está abusando más de lo conveniente de los prestigios de Costa, y cada cual comienza á preguntarse que interés existe en exagerar la admiración y el respeto sentido por un muerto ilustre.

Honradamente hay que reconocerlo: no hay motivo para tanto. Desde el punto de vista del holgorio, se ha echado la casa por la ventana. No se hará lo mismo, probablemente, cuando se festeje el Centenario de Cervantes. Nadie ahorra entusiasmos. Pero con toda sinceridad, por muy buena voluntad que se tenga, por muy grande que sea el cariño al ilustre finado, por considerable que sea su obra, nada hay que justifique la idolatría y mucho menos el luto que algunos señores quieren hacer vestir á la Patria. Nuevamente hay que repetirlo: no es para tanto. Homenajes de esta índole se reservan para los Víctor Hugo y los Voltaire. Voltaire y Víctor Hugo escribieron para toda la Humanidad. Costa, en cambio, sin duda por molestia, escribió sólo para España y contra la política española.

No hay que exagerar. Por respeto y en nombre del muerto, conviene que algunos señores entibien su entusiasmo, y en cuanto á los cronistas que no tienen asunto para sus crónicas, procedan como prudentes buscando temas más interesantes para glosarlos con su habitual donaire. Lealmente hay que advertirlos á unos y á otros que de lo sublime á lo ridículo media muy corto trecho, y que sería injusto envolver el recuerdo de Costa en burlas y cuchufletas de mal gusto. Ni tanto, ni tan poco.

Realizado ya el homenaje por cariño al muerto debemos guardar respetuoso silencio, y cada uno aprenda en las obras que nos deja lo que puede serle útil y provechoso. Pero ¡por Dios! que cesen los tributos de admiración, que los grandes hombres no digan más vaciedades, ni los cronistas nos cuenten

cosas que á nadie interesan. Que no hablen ni escriban los que no tengan de qué escribir ni hablar. Que cesen las hipocresías. A Costa se le ha enterrado muy dignamente, y nada, por muy exigente que fuera, pediría más.

Basta ya de plañir tonterías. Con tanto sahumero, con tantísima loanza, con relatos tan impertinentes, sólo se consigue que el amor al muerto se trueque en desvío y el sentimiento en sonora carcajada. Tengamos todos, por lo menos, la prudencia de dejar algo para cuando nos nazca un genio en España y se nos muera luego de haber realizado una obra indestructible. No lo agotemos todo en festejar la memoria del muerto. ¿Quién sabe lo que el Destino nos reserva! Pero por lo mismo que lo ignoramos, bueno será proceder con cautela y reservar algunas dedadas de admiración para cuando nos salga un Víctor Hugo que influya en varias generaciones y haga hombres nuevos y abra nuevos horizontes al pensar moderno. Costa está ya bien muerto, y sólo necesita que se lean sus obras y que de ellas quede lo que deba quedar y que influyan lo que deben influir entre nosotros. Persistir en la algaraza hasta aquí promovida es pretender hacer un enemigo de Costa de cada uno de sus admiradores sinceros, leales, conocedores imparciales de su saber, de su talento y de su obra.

GUSTAVO

HOJITAS CUARESMALES

Yendo por el mundo, llevad la buena nueva á las naciones.

El Santo Evangelio.

Carísimos apóstoles motinescos: Ya tenemos encima la Santa Cuaresma precedida por su heraldo el señor Carnaval: esta con la bota de vino y aquella con las disciplinas.

No perdamos la ocasión de ganar esas almas de beatos que viven en el cautiverio del diablo clerical y que están poseídos de los demonios esos llamados presunción, hipocresía, fatuidad y garrucha. Hay que sacarles del cuerpo esos demonios y hay que romperles las cadenas que les atan al diablo fraile, al diablo sacristán y al diablo clérigo. Llevadles la Buena Nueva mandada por Jesucristo; y la Buena Nueva es esta de decirles:

"Grandísimo borrego devoto: ¿no ves cómo te trasquilan esos Pastores, peores que los lobos?"

Grandísimo pisto'o del requeté: ¿no ves que te utilizan como perro de presa para lanzarte contra los que van á estorbarles su jolgorio conventual?"

Grandísimo predicador de cuaresma: ¿no ves que ya todos te conocemos y que sabemos que lo que buscas en tus sermones no son las almas de los fieles, sino las pesetas de sus bolsillos?"

Grandísimo fraile: ¿no ves qué ridículo es tu taje, qué ridículo tu cerquillo y qué sem-jante resultas con los fariseos de antaño?"

Grandísimos mercaderes del Templo,

¿no véis que ya todos conocemos vuestro juego de cubilete?

Grandísimas hijas de María: ¿no véis que estáis siendo cursis y llenas de cursilerías?"

Etcétera, etc.

Estas y otras buenas nuevas de la misma índole se contienen y explican en las *Hojas Cuaresmales*, que debieran penetrar todos los hogares católicos, sin dejar uno siquiera; y para que surtan todo el efecto necesario, he aquí la

Manera de usarlas

El mejor sistema de repartirlas es el inventado en Córdoba: los señores canónigos de aquel cabildo las entregaban por sí mismos á las elegantes damas á la entrada de la Catedral. Pero los canónigos buenos y discretos abundan poco y duran menos; así es que no es probable que se presten á tan santa labor, y nos será forzoso recurrir á otros mensajeros.

La experiencia acredita que es buen sistema el de que sean niños simpáticos los que, á la entrada y salida de los devotos repartan á los fieles este santo papel. Pero también está probado que los diablos del templo salen endiablados á tratar de impedirlo; por lo cual, en caso de utilizar este medio, es discreto no dejar á los niños solos y defenderlos de cualquiera atropello de los perros clericales.

La cosa es que los fieles lean las *Hojas* si es posible antes de oír el sermón del evangelio del día, que nuestras *Hojitas* explican honradamente, para que los oyentes, mientras oyen al predicador, vayan viendo el artificio de sus argucias, y se digan para sus adentros: ¡vaya un modo de arrimar el ascua á su sardina!

Si no puede ser antes del sermón, que las lean después de él, para que puedan comparar lo dicho por el predicador y lo que debió haber dicho.

Si se logra que el predicador lea la *Hojita* del día antes del sermón, con seguridad que en el pulpito se hará un lío, sin saber qué decirse por miedo de que entre sus oyentes haya quien vea un juego de trampolín. Es posible que la *Hojita* le descomponga la sermón y el humor, y entonces se disparará contra los diablos de El Motín que dará gusto oírle, y nos hará la propaganda con sus excomuniones. Esto será delicioso y aún sería más delicioso poder poner en la redacción un teléfono que comunicase con todos los pulpitos, para oír simultáneamente la charanga de improperios y de tanta maldición como esperamos merecer.

En los pueblos en que no sea discreto repartir directamente las *Hojitas*, pueden repartirse á tiempo el día antes del señalado, por correo. Debemos advertir á los propagandistas que el mejor medio para este reparto, es franquear los sobres con un sello de á cuarto de céntimo y depositarlos en un pueblo próximo distinto del de destino, porque para el servicio por correo interior la

ley tasa diez céntimos, y del otro modo es más económico.

Algunos parece que envían los sobres sin franqueo, obligando al destinatario á pagar la multa si quiere recibir el pliego. Esta invención se debe á los jesuitas, y seguramente es cosa de ellos para poder desacreditar á los nuestros. Este medio sólo es lícito cuando el destinatario es rico; porque entonces, bien puede pagar quince céntimos por lograr el bien espiritual que puede reportar de la lectura de la *Hojita*.

Por lo pronto, estas instrucciones son bastantes; en lo sucesivo iremos dando las que fuesen del caso.



Por la calle abajito
van tres curianas,
con tres churri-devotas
archi barbianas.
¡Y dirán luego
que del *multiplacámini*
se olvida el clero!

Vivero de carlistas

Albal es uno de los pueblos más fanáticos de España. Por esto el jesuita Zafra se atrevió el mes pasado á predicar á las mujeres que obligasen á sus maridos á ir por tandas á la iglesia, *apelando á todos los medios*, y que llevasen de paso las camas, pues estarían sin salir cuatro ó cinco días.

Acudieron á la primera tanda unos cincuenta y tantos, entre borregos y carneros, y efectivamente, allí estuvieron los días marca dos; acudió luego la segunda, compuesta de unos ciento, é ídem íd.

Lo que en la iglesia hicieron, fué lo siguiente:

Se levantaban á las seis, daban un paseo religioso, y á fumar.

De seis á siete, meditación, y cigarrito.

De siete á ocho, misa, y pitillo.

A las ocho, desayuno, y á chupar.

A las nueve, meditación, y fumada.

A las diez, lectura, y vuelta á echar humo.

De once á doce, sermón y cigarro.

Y á continuación el almuerzo, que llevaban las señoras esposas á la hora de costumbre.

Durante la tarde, rosario, instrucciones, otro sermón, paseo con vapuleamiento mutuo, lectura, y en los intermedios, ¡á enriquecer la Tabacalera!

Después, examen de doctrina, y á las diez, á roncar.

Se dijo que uno de los *redilados*, Manuel Vila, resultó con una herida en la cabeza; y que á otro, un tal Bautista, se le ahogó un tocayo (un carnero), mientras él rezaba y fumaba; y que á otro, llamado Carlos Ramírez tuvieron que sacar de la iglesia medio helado por no haberle llevado cama la familia.

No me extraña que en el pueblo de Albal ocurran esas brutalidades. Recuerdo que hace unos quince años fué

allá desde Catarroja el vendedor de periódicos Miguel Raga con un chicleto á vender *La Antorcha Valentina*, y milagrosamente salvaron la piel. Incitados por el cura, los agredieron más de doscientas mujeres armadas de escobas y multitud de chiquillos, gritando todos furiosamente. Tuvieron que encerrarse en la casa ayuntamiento, y amparados por el alcalde, el juez y la guardia civil, salir del pueblo.

Y por lo que he relatado, se ve que continúan los habitantes de Albal tan brutos como entonces, y tan carcundas, por consiguiente.

En estas kabilas de salvajes se surten los asesinos de Olot, Enderlaza, Ripoll (aquí cien etcéteras), y á estos animales llaman curas y frailes hijos predilectos de la Iglesia.

Así anda ello, así andan ellos, y así anda todo.

SEVILLANAS

Querido amigo Jakens

Tal como se están poniendo las cosas, va á ser preciso dejarle á usted cesante de la cátedra de moral-frailunoclerical, que de muchos años á esta parte viene usufructuando indebidamente.

¿Porque, quiere usted decirme, profesor inepto, si el caso que voy á relatar, acontecido entre varios de sus discípulos, no prueba hasta la saciedad su poca ó ninguna autoridad sobre los alumnos sometidos á su férula?

Y ahí va, como muestra de su ineptitud el tan cacareado bolón del refrán.

Es el caso, que en Olivares, un pueblecillo cercano á esta capital, un papánatas, mozo sorteable para cubrir el cupo del reemplazo actual, hubo de entregar al párroco de aquella Iglesia cinco pesetas, con el fin de que dijera una misa á la Virgen de no sé cuántos, patrona del pueblo, para que esta señora hiciese el milagro de otorgarle en el sorteo un número por el cual, quedara excluido del servicio militar.

Claro es que al pedir esa gracia á la Virgen para un determinado mozo, se solicita al mismo tiempo, aunque de una manera indirecta, el que otro mozo salga perjudicado, reemplazando en el servicio al que se libró por arte milagroso; pero esto no lo entienden ó no quiere entenderlo la gente clerical y mucho menos habiendo veinte reales de por medio.

El cura párroco, que hace algún tiempo mira con las de Caín al segundo cura de aquella parroquia, encargó á un fraile franciscano, decir la misa que el mozo había pagado.

Y aquí entra lo bueno.

El segundo cura, que se conceptuaba con mejor derecho que el fraile para decir la, y por lo tanto á embolsarse las cinco *pelaniás* del ala, llegó á la parroquia en el preciso momento en que el fraile, ya aparejado, se disponía á comenzar el santo sacrificio.

Al notar que el párroco se encontraba también en el templo hubo de diri-

girse á él, reprochándole su conducta por haberle privado de la misa, llegando en su acaloramiento á pronunciar no sé qué frases ofensivas para la familia del párroco.

Este, espoleado por rencillas anteriores, al mismo tiempo de verse ofendido precisamente por aquel á quien tanto odiaba, se precipitó sobre el segundo cura con ánimo de matarlo todo á una sola caña, estrangulándolo antes de que tuviera tiempo de defenderse; pero no contaba con la huésped, y fué que el segundo cura *madrugó* y con el cáliz que el fraile pretendía usar en la misa, y el cual traía empalmado debajo de la sotana, dió un furioso y sacro golpe en la calabaza del párroco, rebotando el cáliz por la dureza del cuero cabelludo y delineando una nueva trayectoria, que al deslizarse por la *jeta* del párroco marcó un chirlo.

El fraile, al ver aquella furia y temiendo, con razón, que una vez acabada la pendencia con el párroco entraría él en turno, salió por pies, pero con tan mala fortuna, que pisándose el ronzal que por descuido iba arrastrando, cayó al suelo, y en esta guisa lo alcanzó el segundo cura con pujante é inaudita cólera, y después de machacarle las costillas á su sabor, de un tremendo puntapié le quitó medio aparejo.

Como epílogo de este *jollín*, el pueblo, que se enteró del suceso, silbó á la salida del templo á los protagonistas y aun apedreó las casas donde habitan.

¿Comprende usted ahora, amigo Nakens, los motivos tan poderosos que me mueven á pedir su cesantía de la cátedra de moral-clerical, que tan torpemente viene usted desempeñando?

Para empollar discípulos como los barbianes de esta historia, más vale que se retire usted á la vida privada á llorar su tremendo fracaso. Amén.

Le quiere,

E. GIMÉNEZ MONROY

Entierro civil

Se ha verificado hoy con una concurrencia de más de 3.000 personas, el del consecuente republicano anticlerical Emilio Blanco.

El acto, que ha sido una grandiosa manifestación de duelo, lo han presidido sus hermanos políticos, acompañados del alcalde y una comisión del ayuntamiento; el partido Republicano y Socialista; todo el comercio, autoridades judiciales y el pueblo en general; lo cual demuestra las muchas simpatías que tenía el finado.

La Banda municipal tocando himnos fúnebres acompañó al cadáver con tan grandiosa concurrencia hasta el cementerio civil.

En un mes se han llevado á efecto dos entierros civiles; y como no reúne este cementerio las condiciones precisas, llamamos la atención de las autoridades para que lo amplíen y hagan camino de entrada al mismo, ya que hay que pasar por tierras sembradas hasta llegar al rincón del corralillo,

que se le tiene sólo como para cubrir el expediente; pero debe tenerse en cuenta, que debido á la provocación jaimista del 28 de Marzo, en la cual cumplió el finado como quien era, han de suceder muchos casos de esta índole; y por lo mismo se previene á las autoridades para que lo ensanchen y hagan camino bueno, como tiene el otro cementerio.

Descanse en paz el hombre que al morir, recomendaba á sus amigos que no dejaran entrar en casa á ningún cura, pues tan pronto como él lo viera se daría un tiro.

¡Jaimistas! Sembrad espinas y recogeréis abrojos.

EULOGIO PALOMAR

Medina 17 Febrero 1911.



Ya no dicen las madres
¡que viene el coco!
que esta voz á los niños
asusta poco;
cuando conviene,
dicen ¡cállate, niño,
que un fraile viene!

Agradeciendo

Sr. D. José Nakens.

Respetable maestro: Con esa clarividencia que vos tenéis de las cosas, y al mismo tiempo ejercitando un consejo paternal, tanto por lo severo como por lo cariñoso, aprovecháis la ocasión de un error hijo solamente del entusiasmo que vuestro nombre despierta entre los afiliados á Federación Republicana, para aconsejarnos la supresión de bailes, veladas y demás números de programa recreativo, si es que realmente se persigue el propósito de instaurar prontamente la República.

A todo ello, mi querido Nakens, no he de oponer objeción alguna, aun siendo, como soy, socio de la referida entidad; pero habéis de permitirme cuando menos que os presente mis excusas, siquiera no sea más que para justificar en algo ese comportamiento que vos encontráis detestable y que yo encuentro conveniente.

¿El por qué? Vamos á verlo dentro la brevedad posible.

Por errores más ó menos perdonables, los capitostes republicanos han andado siempre á la greña, unas veces ocultando una ambición personal desmedida, otras veces disimulando un odio terriblemente feroz contra otra persona, fuere quien fuere, si por sus méritos, su popularidad ó su energía, se le creía en condiciones de acaudillar un grupo ó un partido.

Y esa conducta homicida inaugurada el 73 con el advenimiento de la República, ha continuado por los de arriba, por los de enmedio y por los de abajo, con más regularidad que el péndulo de un reloj, llegando á nuestros días pujante y rolliza, engreída y triunfante, como si en los treinta y ocho años transcurri-

dos no encontráramos méritos suficientes para arrojar por la borda á tanto fantoche como por ahí se exhibe.

¿Qué ha resultado de todo ello? Pues ha resultado la discordia, la rencilla, la disputa y, en algunos casos, la verdadera batalla. La opinión ha descubierto el juego á esos comerciantes en política republicana, y hoy amenaza en divorciarse de nosotros, porque, midiéndonos á todos en un mismo rasero, nos cree incapaces de sentir amor al prójimo y hasta fe en el ideal.

Y como las revoluciones no triunfan sin un medio ambiente favorable, nosotros, los radicales, vamos haciendo cada día un poco de revolución asociándonos la confianza popular, y entre el canto, el baile y la risa, creamos escuelas que den criterio propio al hombre de mañana, y cooperativas que suministren al indigente lo necesario, para evitarle que al igual que Rodríguez Abarrátegui, de Cádiz, lleve su mujer á parir en un hospital y sus hijos á comer en un convento.

Conste, maestro Nakens, que agradecemos en el alma el consejo de usted, que prometemos llevar á la práctica tan pronto como la misma práctica lo aconseje, y en la convicción que su caballerosidad no le permitirá ver en lo dicho, otra cosa que no sea sinceridad, altruismo y respeto, aprovecha la ocasión para ofrecerse de usted y de la causa, el socio del «Centro de Federación Republicana» del distrito segundo.

J. GIRONA PRADOS.

Barcelona 14 Febrero de 1911.

¿Cómo puedo contestar yo á una carta tan cariñosa? Enviando un efusivo apretón de manos al que la firma, y rogándole que se lo transmita á sus compañeros del Centro.

Y diciéndoles á todos que me ha complacido mucho el ver que han sabido leer mi artículo.

Estoy poco acostumbrado á que se haga justicia á mis intenciones.

A quien corresponda

Las Hojitas en Vitoria

He aquí lo ocurrido el día 19:

Dos conocidos tradicionalistas abanzáronse sobre los repartidores que las llevaban, se las arrancaron de las manos y las rompieron; algunos radicales que se hallaban allí trataron de abanzarse á su vez sobre los tradicionalistas, y seguramente hubiera ocurrido un conflicto grave sin la oportuna intervención de los agentes de Orden público, que disolvieron á unos y otros.

Y como estos casos se van repitiendo, es hora de llamar seriamente la atención del gobierno, preguntándole si estamos en un Estado constituido ó en un país anárquico.

Los atropellos que se cometen contra los repartidores de las *Hojitas* se suceden uno tras otro. En el caso precedido, he aquí los textos legales que prueban la lenidad de las autoridades con los culpables.

«Art. 13 de la Constitución. Todo español tiene derecho á emitir libremente sus ideas y opiniones, ya de palabra, ya por escrito, valiéndose de la

impresión ó de otro procedimiento semejante, sin sujeción á la censura previa.»

El Tribunal Supremo, por repetidas sentencias, tiene establecido que la crítica científica y racional de los dogmas de la religión católica no es punible.

«Art. 14. Las leyes dictarán las reglas oportunas para asegurar á los españoles en el respeto recíproco de los derechos que este título reconoce.»

¿No existen leyes que aseguren á nuestros amigos el respeto al derecho de repartir las *Hojitas* perfectamente legales?

¿O no existen autoridades bastantes para aplicar y hacer cumplir estas leyes?

¿O es que con la tolerancia é impunidad de los clericales se quiere señalar á los anticlericales la *reciprocidad* que han de guardar á los católicos, arrancándoles de las manos sus devocionarios, sus medallas, sus escapularios y demás adinículos que ofenden los sentimientos del pueblo liberal?

¿Qué castigo se va á imponer á los respetables *tradicionalistas* de Vitoria cogidos en flagrante delito contra los bienes y personas de nuestros amigos?

En Tolosa

Allí ha sido peor.

No son ya «dos respetables tradicionalistas», sino el propio alcalde en persona el que se ha propuesto á detener y encarcelar á nueve jóvenes por usar del derecho que la Constitución garantiza como inviolable.

Contra este atentado del alcalde anarquista han protestado los amigos, siendo inútiles sus reclamaciones.

Esto nos pone en el caso de recordar atropellos parecidos cometidos con protestantes, y que los gobiernos reprimieron severamente.

Pero en aquellos casos, los protestantes tenían las espaldas guardadas por las embajadas extranjeras; los *evangelistas* fueron vindicados y castigadas las autoridades anticonstitucionales.

En nuestro caso se trata del *pueblo liberal español*; ¿no hay amparo para él?

Los atropellados por el monterillo de Tolosa nos dicen que han acudido á Sol y Ortega, Galdós, Lerroux, Azcárate y Pablo Iglesias, sin haber merecido la atención de la respuesta.

Lo dudo: cuando un protestante cualquiera acude á su embajador, es oído y atendido rápidamente. ¿No son los diputados republicanos y socialistas los *embajadores* del pueblo elector ante los poderes públicos? ¿No están *diputados* precisamente para esto? Si fuese cierto lo que dicen los amigos de Tolosa, habríamos de lamentar el que tengamos diputados que no diputen. Y si antes de estar en el poder atienden de este modo las quejas de sus electores ¿qué harían cuando fuesen ministros y magistrados?

No queremos creer esto; porque de creerlo se impondría un elocuente recuerdo á los desmemoriados.

Por lo pronto tenemos que en España los únicos que merecen respeto á las autoridades, son los extranjeros.

El caso es digno de estudio.



¡Vaya un par!

Leo en el número de *El Complutense* del 29 de Enero un artículo que me ha quitado algunas de las hermosas y consoladoras ilusiones que aún conservaba, acerca de a virtud, la humildad, la modestumbre, etc., etc., de los respetables ministros del Altísimo. Lo firma D. Salvador Hidalgo, y viene á decir en sustancia:

Que un canónigo (con perdón sea dicho) de aquella Colegiata, llamado D. Víctor Marín, y un filipense (dicho sea con perdón), nombrado D. Francisco de Arabio Urrutia, se han consagrado á sostener una campaña *innoble y tenaz* (todas las frases que yo subraye pertenecen al artículo) con el único objeto de perseguir y molestar á D. Francisco Huerta, *apeando á los medios más ruines y más contrarios á toda dignidad*, sin que el *respeto á la verdad ni la sumisión á los preceptos evangélicos* los de engañen en su labor de odio y de venganza; añadiendo:

Que el *Motín* escibió al obispo de la diócesis con fecha 31 de Agosto de 1910 una carta *irrespetuosa y mordaz*, pretendiendo cohonestar su conducta en el asunto del Sr. Huerta *con argumentos falsos*, faltando *descaradamente á la verdad*, y en la que le decía que el señor Huerta se había negado á publicar en su periódico una sentencia condenatoria por injurias, por cuyo motivo el juez de Alcalá lo había sometido á un nuevo proceso; aserto que era completamente falso, por cuanto había sido él, junto con el Arabio, el denunciador, como lo prueba este documento:

«Al Juzgado: D. Juan Francisco Villalvil y Tomás, á nombre de D. Víctor Marín y D. Francisco María de Arabio y Urrutia, en la causa criminal, hoy en diligencias de ejecución de sentencia que por injurias graves han seguido contra Francisco Huerta Calopa, como mejor proceda digo.....»

Suplico al Juzgado que teniendo por presentado este escrito con el número de *El Eco Complutense* que se acompaña, se sirva mandar que se deduzca testimonio para proceder criminalmente contra Francisco Huerta Calopa, por incumplimiento de la sentencia ejecutoria en el extremo referente á la publicación de la misma en *El Eco Complutense*.

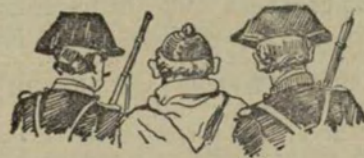
«Es justicia, etc. Alcaide de H. nares, diecisiete Agosto de mil novecientos diez. Licdo. Luis Morcillo.— Juan Francisco Villalvilla.»

Y que la denuncia *era falsa*, lo prueba que este sumario fué oído, á petición del fiscal, por haberse demostrado que la sentencia recaída en la causa por injurias se publicó en el suplemento al número 433 de *El Eco Complutense*, y que, por lo tanto, debe exonerarse á ese par de *sacerdos* (con perdón sea dicho) la responsabilidad legal que les alcanza con arreglo al art. 340 de Código Penal.

Es esta una de las veces que no hay que añadir ni una pincelada á un cuadro: quedan tan bien retratados el Marín, canónigo, y el de Arabio, filipense, que sólo se echa de menos á un alguacil que llegue con la citación para que vayan á declarar al juzgado en el sumario que debería instruírseles.

Si volviese Cristo al mundo, y aconsejara en alguna ocasión á ese par de mozos que pusieran la otra mejilla, le daban á él una de bofetadas, que ni los sayones que le condujeron al Calvario sin perjuicio de negar luego que se las habían dado.

¿De quién fiarse ya, Dios mío?



Quisiera estar tan cerca de las mujeres, como están las estampas de las paredes; y de los cuas muchísimo más lejos que de la luna.

El cura de Peñalsordo

Llega á mí la noticia de que este padre de almas cobra por cada boda 35 pesetas, y que por ese motivo se han dado varios casos de casamientos civiles.

Me felicito de que, ya que en ese pueblo no conozco á nadie que haga propaganda anticlerical, se encargue de hacer la ese santo varón; y recomiendo á los vecinos que imiten, cuando vayan á confesar matimnio, á los que ya han rechazado para estos casos la intervención de la Iglesia.

Y para que no tengan al hacerlo ningún remordimiento de conciencia, doy mi palabra de buen creyente, de no censurar á los que se casen eclesiásticamente, siempre que me contesten á esta pregunta:

¿Cantó ese cura misa después de quedar viudo? Po que tiene en su compañía una *sobrina*... que es un fiel retrato de su retrechera persona.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

IMPRESA DOMINGOBLANCO - LIBERTAD, 81